DOÑA INÉS DE CASTRO,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

Estrenado en el teatro de Jovellanos el 17 de Setiembre de 1868.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1868.

DOÑA INÉS DE CASTRO

DOÑA INÉS DE CASTRO,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

Estavas, linda Ignez, posta em socego
De teus annos colhendo doce fruto
Naquelle engano da alma ledo é cego
Que á fortuna nao deixa durar muto.
Nos saudosos campos do Mondego,
De teus formosos olhos nunca enxuto
Aos montes ensinando é as hervinhas
O nome que no peito escripto tinhas.
Camoens.—Lusiada III, *oct.* CXX.

Estrenado en el teatro de Jovelilanos el 17 de Setiembre de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
DOÑA INÉS DE CASTRO......	D.ª TEODORA LAMADRID.
ALFONSO....................	CÁNDIDA DARDALLA.
DOÑA BLANCA DE NAVARRA.	GERTRUDIS CASTRO.
BEATRIZ....................	CÁRMEN FENOQUIO.
EL INFANTE DON PEDRO....	D. VICTORINO TAMAYO.
EL REY DON ALFONSO IV...	JULIO GARCIA PARREÑO.
DON ALVAR................	ANTONIO ZAMORA.
JAQUES DE LA RUA.........	JOSÉ VALLÉS.
DON DUARTE................	EDUARDO MAZA.
PEDRO COELLO.............	N. N.

Damas, nobles, hombres de armas, guardias, pueblo.

La accion pasa en el primer acto en una quinta en las cercanias de Coimbra, á orillas del Mondego; en los dos restantes en Coimbra.—Año 1357.



Á MARIANA.

El amor conyugal, Mariana mia, es la pasion que con más vehemencia se desarrolla en esta obra; á tí, que tan bien la conoces; á tí, que tanto la sientes, debo dedicártela.

Juntos nuestros corazones, unidos nuestros nombres en las breves dichas y en las constantes amarguras de la vida, séanlo otra vez en esta obra, hija del corazon más que de la inteligencia.

TU AMANTÍSIMO ESPOSO.

ACTO PRIMERO.

Sitio ameno y frondoso en las cercanias de Coimbra á orillas del Mondego. Á la izquierda la entrada á la quinta de Doña Inés. Bancos de césped. Á lo lejos se distinguen los edificios de Coimbra.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, BEATRIZ. Estan sentadas en un banco de césped leyendo un pergamino.

INES. ¡Extremado canto!
BEAT. Sí,
el concepto es singular.
INES. Albricias daré al juglar.
BEAT. Vuelve á leer.
INES. Dice así.
(Leyendo)
Blanda brisa, blanda brisa,
tú que corres sin cesar
desde la montaña al llano,
desde la llanura al mar,
esa vaga carrera veloz
deten al pasar,
y lleva un ardiente suspiro de amor
al Príncipe real.
¡Qué bien comprendió el cantor

el afan del pecho amante!
lleve la brisa al Infante
los suspiros de mi amor.
Mi corazon está viendo
y en él su tranquilo encanto.

BEAT. (Que ha tomado el pergamino.)
Hay otro canto.

INES. ¿Otro canto?
nodriza, sigue leyendo.

BEAT. (Leyendo.)
Vientecillo, vientecillo,
tú que robas al correr
sus aromas al tomillo,
sus perfumes al clavel,
vientecillo oloroso de Abril
tu paso deten,
y esparce tu amena fragancia gentil
en torno de Inés.

INES. (Levantándose.)
Cesa! ¿Quién así extravió
al cantor en un instante?
¿cancion á mí? ¿y al Infante?
no sigas leyendo, no.
¿En dónde hay concepto fiel,
en dónde hay sublime acento
si brota de un pensamiento
que no está inspirado en él?
Basta, Beatriz.

BEAT. Inés mia,
tu amor no es grato al Señor.

INES. ¿Por qué?

BEAT. Porque no es amor.

INES. Pues qué es?

BEAT. Idolatría.

INES. Con vano empeño supones
por Dios mi amor reprobado;
si el mismo Dios le ha inflamado
en nuestros dos corazones!

BEAT. Júzgalo el mundo desliz.

INES. ¿Qué puede importarme el mundo
cuando nuestro amor profundo
bendice Dios, Beatriz?

Su amparo en nosotros fijo
nos dió la ventura humana
su clemencia soberana
al concedernos un hijo.
Retoño de sangre real,
de su noble estirpe honor,
será del trono esplendor
y orgullo de Portugal.

BEAT. Tu amor materno te abona
Inés, pero considera
lo que al Infante le espera;
un cetro y una corona.
¿Tanta confianza tienes?
¿No podrá ser desleal
cuando esa corona real
vea ceñida á sus sienes?

INES. Don Pedro no me abandona
al sublimarse á esa esfera,
aunque mejor le quisiera
noble, sí, más sin corona.
No precio el vano oropel,
no me ciega la ambicion;
más precio su corazon
y el amor que existe en él.
Príncipe Dios me le envia,
su mandato acepto y callo,
si me le diera vasallo,
cual le quiero, le querria.
Sujeto á la misma ley
está, nodriza, el Infante;
don Pedro será mi amante
súbdito, príncipe ó rey.

BEAT. El fuego de tu pasion
te turba, Inés, y te exalta;
lo que hoy es solo una falta
mañana será baldon.

INES. ¿Baldon?

BEAT. Y mancha afrentosa.

INES. ¿Por qué?

BEAT. Todo lo acredita;
¿qué serás? su favorita.

INES. Su favorita! su esposa.

BEAT. Su esposa! del pecho arranca
esa ilusion que te ciega.
INES. Beatriz!
BEAT. Esta noche llega
á Coimbra doña Blanca.
INES. ¿Y qué?
BEAT. No estás recelosa?
INES. De él? Jamás.
BEAT. Y tu decoro?
¿Á qué viene?
INES. ¿Á qué? Lo ignoro!
BEAT. Inés! viene á ser su esposa!
INES. Esa infanta es tan bizarra
que su amor me robe? ¡No!
¿Tendrá más poder que yo
doña Blanca de Navarra?
¿No está el Infante prendado
de mí? ¿Por qué he de temblar?
BEAT. ¡Inés! ¿no puede cejar
ante la razon de estado?
¿No temes la dura ley
que sin piedad te condene?
INES. ¡Acaso el vasallo tiene
más privilegios que el rey!
¿Pues porque príncipes son
la pasion les abandona?
¿Pues porque ciñan corona
se quedan sin corazon?
BEAT. ¿Y estás tranquila por eso?
INES. Don Pedro ser inconstante!
no, no, Beatriz; al Infante
le tengo hechizado, preso
en otros amantes lazos;
cadena tan fuerte es ya,
que al romperla, romperá
su corazon en pedazos.
¿Que por mí ya no suspira?
aún le tengo en mi poder.
Cómo! cómo ha de romper
los lazos del alma.—Mira.
(Aparecen al fondo el niño D. Alfonso y D. Duarte.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, ALFONSO, D. DUARTE.

DUARTE. Más ved.
ALF. De cólera estallo,
¿tú quieres de mí burlarte?
DUARTE. No lo penseis.
ALF. Don Duarte...
me has prometido un caballo.
DUARTE. Aún sois muy niño, señor.
ALF. Muy niño! Vana quimera;
yo llego de una carrera
de Coimbra á Montemor.
¿Vas acaso á replicar?
qué pronto te arrepentiste!
¿por qué me le prometiste
si no me le quieres dar?
INES. ¿Qué es eso?
DUARTE. Locuras son
de don Alfonso, señora.
ALF. Niño! yo niño! en mal hora
de hombre tengo el corazon.
INES. Alfonso!
ALF. No sufro engaños
de nadie!
INES. ¡Gentil aliño!
ALF. Don Duarte! que soy niño,
y he cumplido catorce años!
INES. Paso al bizarro doncel.
ALF. Madre mia, quejas tengo.
INES. Quejas?
ALF. Y á decirlas vengo.
INES. ¿Qué deseas?
ALF. Un corcel.
INES. Falta á tu brazo pujanza,
vigor la edad no te presta.
ALF. Sé tender una ballesta
y sé blandir una lanza.
¿No he de poder refrenar
un caballo?

DUARTE. ¡Qué osadía!
ALF. Un caballo, madre mia,
voy á mi padre á esperar.
Y al verme sobre el corcel
ganando al escape tierra,
sabrá que si va á la guerra
yo puedo partir con él.
INES. Bien demuestra tu semblante
que has heredado su brio,
Alfonso mio, hijo mio,
no desmientes al Infante
Montar el caballo puedes.
DUARTE. Señora!
ALF. Mandado está.
INES. Responde, Beatriz, ¿podrá
desasirse de estas redes?
ALF. Obedeced á mi madre.
DUARTE. Ved, señora...
ALF. ¡Vive Dios!
¡Noramala para vos,
que ya llega aquí mi padre!

ESCENA III.

LOS MISMOS y D. PEDRO.

PEDRO. (Abrazándolos.)
¡Inés! ¡hijo! aquí en mis brazos!
INES. Mucho tardasteis, señor.
PEDRO. Culpa de mi padre ha sido.
INES. No es queja.
PEDRO. ¡Inés!
INES. ¡Libre sois!
PEDRO. Prisionero en tu hermosura
que bendice su prision.
INES. Dios quiera que eternamente.
PEDRO. ¿Lo dudas?
INES. ¡Dudarlo! ¡oh!
PEDRO. ¿Piensas que mi amor te falte?
INES. ¡Faltara su luz al sol!
PEDRO. ¡Te ha dicho algun imprudente
que el Rey mi padre trató

mis bodas con doña Blanca
de Navarra?

INES. Ese rumor
ha llegado á mis oidos.

PEDRO. ¿Y tú sospechaste?

INES. No.

PEDRO. Por nuestra desgracia, Inés,
lo dicen, y con razon;
con la infanta de Navarra
de bodas el Rey me habló.
Yo, al oirle, rechacé
su proyecto con teson,
tornó á su empeño mi padre
á mi resistencia yo,
y al fin pareció ceder
para obligarme mejor;
de sus ocultos conciertos
nada he sabido hasta hoy,
pero si su empeño es grande
mi voluntad es mayor.
Mande en sus reinos el Rey,
yo mando en mi corazon,
no es mi culpa si á ese extremo
su tenacidad llegó.
Cuando doña Blanca venga
me encontrará ¡vive Dios!
ya persiguiendo en el bosque
al ágil ciervo veloz,
ya fatigando en el llano
al generoso bridon,
ya trasportado, Inés mia,
á la gloria de tu amor.

INES. (Llorando.)
¡Pedro!

ALF. (Á doña Inés.) ¿Por qué lloras?

INES. (Abrazándole.) ¡Hijo!

PEDRO. (Abrazándolos.)
¡Tú lágrimas! ¿Quién nubló
de ese clarísimo cielo
el brillante resplandor?
Enjuga ese llanto, Inés,
lo que há quince años juró

mi labio, vuelve á jurarlo
á los quince años mi voz,
por la existencia de este ángel,
lazo eterno entre los dos.

INES. Nunca de tu fé he dudado,
pero tiemblo de pavor.

PEDRO. Si la enemiga fortuna
la instable rueda movió,
la clavará para siempre
mi inquebrantable teson.
Un reino te espera, Inés,
de un trono el régio esplendor,
y te harán á un tiempo mismo
reina de mi corazon
y reina de Portugal
los prodigios del amor.

ALF. Y si el navarro se ofende
¡hierro en él! sí, ¡voto á brios!
Yo iré contigo á la guerra,
que no me falta valor.

PEDRO. ¿Y no temes?

ALF. ¿Qué es temer?
Don Duarte me enseñó
que el miedo en los bien nacidos,
es oprobio y es baldon.
Sangre real corre en mis venas,
hijo de príncipes soy.

PEDRO. Bien, don Duarte, muy bien;
su fruto dará la flor.

DUARTE. Como es el tronco es la rama,
fruto dará y bien precoz.

ALF. Probarlo puedo ahora mismo.

PEDRO. ¿Cómo?

ALF. (Á D. Duarte.) Lo habeis dicho vos;
la guerra y la cetrería
cosas parecidas son.

PEDRO. Sí.

ALF. Pues será buen guerrero
todo el que es buen cazador.

PEDRO. ¿Y lo eres tú?

ALF. ¿Lo dudais?

PEDRO. ¿Sabes soltar el halcon?

ALF. Padre! venid; de ese bosque
vecino en el espesor,
el ciervo ligero salta,
el gamo corre veloz,
los gavilanes se ciernen
en vistosa confusion.
Venid, venid.
PEDRO. Don Duarte,
veamos tanto primor!
ALF. Padre, ¿consentis?
PEDRO. Consiento!
ALF. (Á la entrada de la quinta.)
¡Vasco! al bosque el cinturon,
la ballesta, los venablos,
el cuchillo y el azor.
Vamos, pues.
INES. ¡Por Dios, Alfonso!
ALF. ¡Madre, qué gran dia es hoy!
INES. Cuidádmele.
ALF. Si no hay riesgo.
PEDRO. Adios, Inés mia!
INES. Adios!
(Vánse D. Pedro, D. Duarte y Alfonso por el bosque. Doña Inés y Beatriz se entran en la quinta.)

ESCENA IV.

EL REY, D. ALVAR, por el fondo derecha.

ALVAR. Esta es la quinta, señor.
REY. No pasemos adelante.
(Examinando el sitio.)
Buen gusto tiene el Infante,
caballerizo mayor.
Dejadme mirar á espacio
las maravillas que encierra;
vale este rincon de tierra
mucho más que mi palacio.
Don Alvar, prodigio es.
ALVAR. Dulce mansion de Cupido
este...
REY. Lo sé; este es el nido

de don Pedro y doña Inés,
¿no es verdad?

ALVAR. Cierto, señor.

REY. En esta florida loma
posó el vuelo la paloma
sin temer al cazador.
¡Ay, imprudentes amores!
en la escondida floresta
van á asestar la ballesta
inhumanos cazadores!

ALVAR. La razon de estado...

REY. Sí!

ALVAR. Los medros de la nacion...

REY. Vale mucho esa razon
para vos y para mí.
Mas para el iluso, el loco
que da pávulo á la llama
del ciego amor que le inflama,
vale, don Alvar, muy poco.
No le ha podido vencer
mi ruego

ALVAR. El deber, señor,
le vencerá.

REY. No: el amor
no se cuida del deber.

ALVAR. Tenaz empeño.

REY. Y constante.

ALVAR. Contra el padre el hijo!

REY. ¡Ah!

ALVAR. Y contra el Rey!

REY. No osará!
¡al Rey osar el Infante!
Yo le haré cumplir mi ley
por más que su intento tuerza,
si no por amor, por fuerza;
si no á su padre, á su Rey.
Por eso ceder fingí
mientras en tratos anduve;
cuando ya á la infanta tuve
segura, lo descubrí.

ALVAR. Mas, don Pedro, ¿quién quebranta
su teson?

REY. Forzoso es ya;
don Pedro obedecerá
viendo en Coimbra á la infanta.
ALV. ¿Y doña Inés?
REY. Tambien, sí;
¡no ha de ceder ¡vive Dios!
Por eso mismo con vos
vengo, don Alvar, aquí.
Que el monarca portugués
vencerá tal resistencia,
si tiene tanta prudencia
como pasion doña Inés.
ALVAR. Decidla con lengua franca
que todo empeño es ocioso,
que mañana será esposo
don Pedro de doña Blanca.
Que ningun recurso queda
más que callar y ceder,
pues la infanta ántes de ayer
salió de la Fregeneda
y esta noche llega aquí.
REY. Mañana se han de casar;
Rey soy y no he de quebrar
palabras que á reyes dí.
ALVAR. Si no quiere obedecer,
si vuestra porfía es vana...
REY. El casamiento es mañana;
ello al fin tiene que ser.
Pero tiempo no perdamos,
que tal vez la comitiva
no esté lejos.
ALF. (Dentro.) ¡Viva! ¡viva!
ALVAR. ¿Qué rumor es ese?
REY. Vamos.

ESCENA V.

DICHOS, ALFONSO.

ALF. Brava pieza ¡voto á tal!
Madre! madre! Dòña Inés,
tendida cayó á mis piés

una hermosa garza real.
(Los criados atraviesan el teatro llevando muerta una garza real.)
Entradla al punto; venid.
(Los criados entran en la quinta.)
De hoy más todos con respeto
me hablarán.
(Va á entrar en la quinta.)

ALVAR. (Al Rey.) Su hijo.

REY. Mi nieto!
Llamadle.

ALVAR. (Á Alfonso) Mancebo.—Oid.

ALF. (Deteniéndose.)
¿Qué quereis?

ALVAR. Hablaros.

ALF. No,
que tengo priesa.—Más tarde.

ALVAR. Es forzoso.

ALF. (Con altivez.) Dios os guarde.

ALVAR. Ved ..

ALF. Basta.

REY. (Adelantándose.) Lo mando yo.

ALF. (Sorprendido.)
Vos?

REY. Y espero que no en vano.

ALF. No es en vano, lo acertais;
mas no porque lo mandais,
sino porque sois anciano.
Me ha enseñado ese deber
mi madre á cumplir con vos;
á los viejos manda Dios
respetar y obedecer.

REY. Leal seguis su consejo.

ALF. Como hijo de su cariño.

REY. Mucho sabeis para niño.

ALF. Mucho abusais para viejo.

REY. (Ap.) Ese despejo marcial
me encanta. (Alto.) Venid; yo os amo.

ALF. ¿Vos?

REY. ¿Cómo os llamais?

ALF. (Con orgullo.) Me llamo
como el Rey de Portugal.

REY. Alfonso?
ALF. Sí.
REY. ¡Por el cielo!
¿como el Rey?
ALF. Como el Rey, sí.
REY. ¿Le conoceis?
ALF. Ni él á mí.
REY. Mas sabeis quién es?
ALF. Mi abuelo.
REY. (Ap.) Le ha revelado... ¡imprudente!
¿Y vos le amais?
ALF. Sí, señor.
REY. ¿Por qué le teneis amor
sin saber...
ALF. Porque es valiente.
Porque es un rey esforzado
que ha agotado sus tesoros
en combatir á los moros;
dígalo si no el Salado
y otras gloriosas empresas
contra los viles infieles,
en que ciñó de laureles
nuestras quinas portuguesas.
Yo le quiero, y le respeto
por obligacion, por ley,
por amor; porque es mi Rey,
y en fin, porque soy su nieto.
REY. ¿Os enseñó vuestro padre
tan santas obligaciones
á cumplir?
ALF. Sí, son lecciones
de mi padre, y de mi madre.
REY. De vuestra madre?
ALF. (Con ironía.) ¡Por Dios!
Ya que me habeis escuchado,
os diré que no os han dado
esas lecciones á vos.
ALVAR. ¿Cómo?
REY. ¡Hay mayor gentileza!
¿por qué?
ALF. ¡Desacato igual!
ante vos hay sangre real;

descubrid esa cabeza.

ALVAR. ¡Atrevido!

ALF. Ó á mis pies
haré yo! que...

REY. (Entusiasmado.) ¡Por el cielo!

ALF. Alfonso cuarto es mi abuelo.

INES. (En la puerta de la quinta.)
¡Hijo!

ALF. (Volviéndose.) ¡Madre!

REY y ALVAR. ¡Doña Inés!

(El Rey y D. Alvar se apartan á un lado.)

ESCENA VI.

EL REY, D. ALVAR, ALFONSO, DOÑA INÉS.

INES. (En la puerta.)
¿No vienes hijo? y tu padre?

ALF. Yo espero que pronto vuelva
con don Duarte, la selva
quedó recorriendo, madre,
tras un ciervo fugitivo
que en la espesura saltó.

INES. ¿Y cómo no entraste?

ALF. ¿Yo?
no me ha faltado motivo.
Vi despreciada mi grey,
desconocidos mis fueros
por esos dos extranjeros.

INES. ¿Dos extranjeros?
(Baja al proscenio, el Rey se adelanta.)
¡El Rey!
Alfonso, vete de aquí.

REY. Salid, don Alvar.

ALF. ¿Quién? ¿Yo?
aquí me quedo.

INES. ¡Ah! no, no.

ALF. (Ap.) Buscaré á mi padre?
(Resuelto.) Sí.

(Vánse. Alfonso, foro izquierda. D. Álvar, segundo término derecha.)

ESCENA VII.

EL REY, DOÑA INÉS.

INES. Valor!
REY. (Ap.) ¡Momento fatal!
ese niño... dudo ahora,
tiemblo.
INES. (Con respeto.) ¿Qué ordenais?
REY. (Con dignidad.) Señora;
soy el Rey de Portugal.
INES. Lo sé.
REY. ¿Conocéisme?
INES. Sí;
en otro tiempo, señor,
lleno de gloria y honor
allá en vuestra córte os ví
digno de la régia silla
y ensalzado por la fama.
REY. ¿Qué erais vos entónces?
INES. Dama
de la infanta de Castilla.
REY. Del príncipe esposa fué.
INES. Vine á Portugal con ella.
REY. Por cierto con mala estrella.
INES. Mala, ó buena, no lo sé.
REY. ¿Teneis confianza?
INES. En Dios
primero, que es mi esperanza.
REY. ¿Teneis otra confianza?
INES. Sí señor.
REY. En quién?
INES. En vos.
REY. ¿En mí? ¿qué osásteis decir?
INES. ¿Eso asombra á vuestra alteza?
vuestra hidalguía y grandeza
no se pueden desmentir.
Ese régio corazon
siempre noble y grande ha sido,
los que nobles han nacido
hasta que mueren lo son.

No cabe mancha afrentosa
en vos, posible no es.

REY. Veo que sois, Doña Inés,
tan discreta como hermosa.
Mas descubro la intencion:
apelais á mi hidalguía
con tanta cortesanía
que raya en adulacion.
Hay en vuestro pensamiento
más que verdad sutileza,
vos invocais mi grandeza
con un disfrazado intento.
¿Negareis esta verdad?

INES. Lisonja fuera, señor,
si no tuviese mi amor
tan firme la voluntad.
Adulacion torpe y vana,
pero tiene tal poder,
que no le puede vencer
la voluntad soberana.

REY. ¿Que tanto no he de alcanzar?
¿que me habeis de resistir?

INES. Podeis hacerme morir,
mas no dejarle de amar.

REY. ¡Tanto le amais!..

INES ¡Con vehemencia!
Como el rocio á la flor,
de don Pedro así el amor
vivifica mi existencia:
cuando se ausenta de aquí
no imagineis que le pierdo,
cada objeto es un recuerdo
que le presenta ante mí.
No hay en el tálamo verde
de esta campiña risueña,
árbol, rama, flor, ni peña
que á mi amor no me recuerde.
Pensamientos halagüeños
traen á la memoria mia,
mi constante amor de dia,
de noche, mis dulces sueños.
En estos verdes pensiles

la juventud por tributo
me brinda el dorado fruto
de mis floridos abriles;
se unen para mi ventura,
como no hay otra mayor,
de mi don Pedro el amor,
de mi Alfonso la hermosura.
Llenas de calma y sosiego,
corren mis horas serenas
por las orillas amenas
del apacible Mondego.
Y á impulsos de mi pasion
á monte y valle repito
el nombre que llevo escrito
dentro de mi corazon.

REY. (Con entusiasmo.)
No he visto amor más constante
ni más poderosa llama;
lo mismo el Infante os ama?

INES. Lo mismo me ama el Infante.

REY. (Conteniéndose.)
¡Oh! me hareis perder el juicio!
Yo apelo á ese corazon,
hoy exige la nacion
de vos un gran sacrificio.

INES. No cabe en fuerzas humanas.

REY. Si vuestros lazos rompeis
el renombre eclipsareis
de las matronas romanas.
No habrá otra fama mayor
que la vuestra en la memoria.

INES. ¡Venis á hablarme de gloria!
si vivo solo de amor!

REY. El sacrificio es cruel,
pero mi palabra dí.

INES. Yo podré morir, ¡oh! sí!
pero y él, señor, y él?

REY. (Ap.) ¡Mi corazon se desgarra!
(Alto, con insistencia.)
Mirad que el plazo se acorta,
ved que llega...

INES. (Con energía.) Qué me importa

doña Blanca de Navarra!
¿Que esta noche va á llegar?
que mañana es su mujer?
Ojos, si eso habeis de ver,
más os valiera cegar.
(Con resolucion.)
¡Señor! inútiles son
los ruegos, estoy resuelta;
la Infanta dará la vuelta
á Navarra, con baldon.

REY. Oh!

INES No hay humano poder
que le arranque de mis brazos;
son nuestros amantes lazos
imposibles de romper.
No, no hay potestad en vos
para trocar nuestra suerte;
no hay rey grande, no hay rey fuerte
ante el mandato de Dios.

REY. En hora triste y fatal
visteis de la vida el astro:
¿quién sois?

PEDRO. (Apareciendo por el foro izquierda con Alfonso.)
¡Doña Inés de Castro,
infanta de Portugal!

ESCENA VIII.

EL REY, DOÑA INÉS, D. PEDRO, ALFONSO.

REY. ¡Mi hijo!

INES. ¡Don Pedro!

REY. (Con severidad.) Aquí vos!

PEDRO. Es obligacion forzosa.
(Toma de la mano á Doña Inés.)

INES. ¡Ah!

PEDRO. Doña Inés es mi esposa,
padre.

REY. ¡Vuestra esposa! ¡oh Dios!

PEDRO. ¿Creeis que mi amor la infama
y que por el lodo arrastro
su honor?

INES (Con dignidad.) Doña Inés de Castro
no ha nacido para dama.
REY. ¿Qué habeis dicho?
PEDRO. La verdad;
yo sostendré su derecho.
REY. ¡Desdichados! ¡qué habeis hecho!
INES. ¡Señor! Piedad!
REY. ¡Yo piedad!
¡Así se falta á mi ley!
así se ofende á mi honor!
INES. ¡Oh, perdonadnos, señor!
sois padre!
REY. Pero soy rey!
rey que de justo blasona.
INES. Perdonadnos!
REY. No perdono!
¿Y el esplendor de mi trono?
¿y el brillo de mi corona?
Faltar un monarca así
á la faz del mundo entero!
¿y mi fe de caballero?
¿y la palabra que dí?
Yo perjuro y desleal
al rey de Navarra? ¡yo!
¡cuándo sus timbres manchó
Alfonso de Portugal!
(Acercándose convulso á Doña inés.)
Vuestro destino es sombrío,
señora.
PEDRO. ¿Qué vais á hacer,
padre?
REY. Cumplir mi deber.
¡Hola!
(Al volverse tropieza con Alfonso, que ha ido acercándose al Rey con la cabeza descubierta, se ha arrodillado junto á él y le besa la mano. Levantándole y abrazándole llorando.)
(Ap.) ¡Hijo mio! ¡hijo mio!

ESCENA IX.

DICHOS, D. ALVAR.

ALVAR. (Llegando apresurado.)
¡Señor!
REY. ¡Don Alvar!
ALVAR. (Ap.) ¡Inés!
INES. (Ap.) ¡Don Alvar!
ALVAR. Pedro Coello.

ESCENA X.

DICHOS, PEDRO COELLO.

REY. Pedro Coello, y la Infanta?
COELLO. Señor, ya traspuso el cerro
y á esta quinta se dirige.
REY, PED. é INES. ¡Aquí!
COELLO. El camino más recto
es para Coimbra.
(Óyense vivas.) ¿Oís?
Alborozados los pueblos,
á su paso la reciben
con vítores y festejos,
y á Coimbra la acompañan
de ardiente júbilo llenos.
(Mirando á la derecha.)
Ya avanza la comitiva.
PEDRO. (Ap. á Doña Inés.)
¡Valor, Inés!
INES. (Ap.) Me estremezco.
ALVAR. (Ap.) Oh, mi venganza es segura!
REY. ¡Inspírame, santo cielo!
COELLO. (Mirando.)
Ya salen del bosque.—Ya
entran en el puente viejo.
VOCES. (Dentro.)
¡Viva doña Blanca! ¡Viva!
REY. (Ap. á D. Pedro.)
Decidid.

PEDRO. Estoy resuelto.
Doña Inés.
REY. Ved.
PEDRO. Doña Inés.
REY. Pensadlo bien.
PEDRO. No hay remedio;
yo haré saber á la Infanta...
REY. ¡Imprudente! aquí!... Silencio!
(Aparece la infanta dentro de una magnífica litera que lleva los escudos de la casa de Navarra; detrás de ella, las damas de su servidumbre, tambien en literas; detrás caballeros navarros á caballo; luego, pueblo.)

ESCENA XI.

DOÑA INÉS, á la entrada de la quinta, con ALFONSO. El REY, D. PEDRO, D. ALVAR y PEDRO COELLO, al foro derecha, por donde salen DOÑA BLANCA, JAQUES DE LA RUA y acompañamiento.

REY. (Dando la mano á Doña Blanca para bajar de la litera.)
En hora feliz, Infanta,
dejasteis el patrio suelo,
para esplendor de mi trono
y ventura de mis reinos.
Vuestra llegada esperaba,
señora, con vivo anhelo,
para hacer con vuestro hermano
lazos más firmes y estrechos.
(Á D. Pedro.)
Doña Blanca de Navarra
es esta, llegad.
INÉS (Ap.) ¡Yo muero!
PEDRO. (Inclinándose ante Doña Blanca.)
De la fama los pregones
ensalzan merecimientos;
no mintieron, doña Blanca,
al enaltecer los vuestros.
Cortos, señora, los mios,
como son, os los ofrezco;

no cuideis de lo que valen,
y si nuevas teneis de ellos,
ved que es imposible en mí
daros más de lo que puedo.

BLANCA. (Al Rey.)
Tan lisongeras palabras
con el alma os agradezco,
que en vuestra boca, señor,
tienen mayor valimiento.
Si la conveniencia mútua,
rey Alfonso, de los pueblos;
si alianzas provechosas
conciertan los casamientos
de los príncipes, señor,
yo doy gracias á los cielos
que para ventura mia
esposo tal me eligieron.
Á la córte de mi hermano
fueron nuevas de los hechos
del infante, de su heróico
y nunca domado esfuerzo,
gloriosa y preciada herencia
de sus ínclitos abuelos.
Mas al oirle, presumo
que hace gala de modesto,
y con lisonjero engaño
por dar más, ofrece ménos.

REY. Sabe el infante, señora,
todo el bien que se le ha hecho;
y pues de lograr no es digno
joya de tan alto precio,
no extrañeis que así le turbe
la dicha de mereceros.

PEDRO. (Ap.) ¡Ah! no puedo contenerme!

BLANCA. (Ap.) ¡Qué extraño recibimiento!

JAQUES. Y yo, Jaques de la Rua,
amigo, privado y deudo
del rey Cárlos de Navarra,
por cuyo mandato vengo
á entregaros, rey Alfonso,
en fe de vuestros conciertos,
á la infanta doña Blanca,

digo, aseguro y sostengo
con espada y daga, en campo
cerrado y en campo abierto,
que no hay cristiana princesa
de linaje más excelso
que la infanta doña Blanca,
ni más noble caballero
que vista arnés y loriga
que el príncipe real don Pedro.

REY. (Ap.) Rudo es, por Dios, el navarro;
es fuerza marcharnos presto.
(Alto, á la infanta.)
Cerca está Coimbra, infanta;
el viaje proseguiremos
juntos; la noche se acerca.

BLANCA. Señor, fatigada llego
del camino, y desearía
reposar aquí un momento.
(Examinando el sitio.)
¡Hermoso jardin!

JAQUES. ¡Bizarro!

BLANCA. ¡Con cuánto placer contemplo
estos árboles frondosos
que alzan sus copas soberbios!
¡Con qué delicia respiro
este ambiente blando y fresco,
impregnado en el aroma
que exhalan los limoneros!
(Á D. Pedro.)
¿Es vuestro este parque, Infante?

PEDRO. No lo es, señora.

BLANCA. Lo siento.
(Á Jaques.)
¡Qué diferente es Navarra,
Jaques!

JAQUES. Allí solo hay hierro.

BLANCA. (Que ha ido examinando todo el teatro.)
¡Qué quinta tan deliciosa!
qué paisaje tan risueño!
este es un nido de amores
en las ramas encubierto.
Comprad esta quinta, infante,

compradla, que lo deseo.

INES. Si tanto os place, señora,
vuestra es.

BLANCA. Mia!

INES. Os la cedo!

BLANCA. (Con amabilidad.)
¿Vos? á mí? ¿quién sois?

INES. (Adelantándose, con entereza.) Me llamo
doña Inés de Castro.

REY. (Ap.) ¡Cielos!
(Alto.) Dama de doña Constanza
de Villena...

INES. En otro tiempo.

BLANCA. (Procurando recordar.)
¿Doña Inés de Castro?

INES. (Con entereza.) ¡Sí!

BLANCA. (Recordando.)
Sí; de vos noticias tengo.

INES. ¿De mí?

REY. ¿Noticias teneis?

INES. ¿Noticias?

REY. (Ap.) ¡Qué está diciendo!

BLANCA. ¿Qué os extraña? Ese apellido
le hizo bueno, entre los buenos,
contra moros, vuestro padre,
el valeroso don Pedro
Fernandez de Castro, súbdito
de don Alonso el Onceno
de Castilla! ¿sois su hija?
si él fué de nobleza espejo
y de valor, doña Inés,
vos sois de beldad modelo.

INES. Os doy gracias.

BLANCA. Yo quisiera
que si no hay reparo en ello
os vinierais á Coimbra
conmigo.

INES. ¿Con vos?

BLANCA. Deseo
que esteis á mi lado.

INES. ¿Yo?

BLANCA. Vereis qué amigas seremos.

INES. Amigas!
BLANCA. Aceptad, pues.
PEDRO. (Alto á Doña Inés)
¿Por qué no aceptais?
INES. Acepto.
BLANCA. Descansaré en vuestra quinta,
si lo permitis.
INES. No puedo
negarme; vuestra presencia
me honra, señora, en extremo.
BLANCA. (Á la comitiva.)
Vamos, pues. Venid, señores.
(Á Doña Inés) Guiad vos.
REY. (Ap.) ¡Destino adverso!
(Á D. Pedro.) Dad la mano á doña Blanca,
Infante.
INES. (Ap.) ¡Muero de celos!
¡Dama yo de mi rival!
(Á Doña Blanca.)
Venid, señora.
(D. Pedro ha dado la mano á Doña Blanca y se dirigen á la quinta, guiados por Doña Inés.)
ALF. (Á Doña Inés.) ¿Qué es esto?
BLANCA. (Deteniéndose al ver á Alfonso. Á Doña Inés)
¿Es hijo vuestro?
ALF. Lo soy.
BLANCA. Por Dios, que es gentil mancebo.
PEDRO. (Ap.) ¡No puedo más!
BLANCA. Vamos pues.
JAQUES. (Ap.) ¡Vive Dios! aquí hay misterio.
(Éntranse Doña Blanca, D. Pedro, el Rey y Jaques.)
ALF. (Á Doña Inés.) Esto no es posible, madre.
INES. Hijo, calla! (Éntrase Alfonso.) ¡Qué tormento!
(Al ir á entrar Doña Inés la detiene D. Alvar.)
ALVAR. Aquí espero, doña Inés.
INES. ¡Ah, don Alvar!
ALVAR. Aquí espero.

ESCENA XII.

DOÑA INÉS y D. ALVAR.

INES. ¿Qué me quereis?
ALVAR. Quiero hablarte.
INES. Ya sabeis que me importuna
vuestra presencia: la infanta
me espera, adios.
ALVAR. Ya no hay duda.
Inés, ¿dónde está tu amor?
¿en dónde está tu ventura?
INES. ¿Por qué?
ALVAR. ¿No son del Infante
mañana mismo las nupcias?
INES. No.
ALVAR. ¿Qué dices?
INES. No es posible.
ALVAR. ¿Quién lo estorba?
INES La fortuna.
ALVAR. ¿Vas á combatir?
INES. Sin tregua.
ALVAR. Desesperada es la lucha.
INES. Entre las dos es forzoso
que la más debil sucumba.
ALVAR. Tanto presumes?
INES. Más puedo;
el amor constante triunfa.
ALVAR. ¿Es decir que mi pasion
no tiene esperanza alguna?
INES. Aún no cesa el loco empeño
ni basta el desden?
ALVAR. Escucha!
Reflexiona que el camino
en que te empeñas ilusa,
á su final sólo tiene
el escándalo y la tumba.
INES. Yo he de llegar á otro término
con planta firme y segura.
ALVAR. ¡Qué delirio te enagena!
¡qué loca ambicion te ofusca!

INES. Ni es delirio ni ambicion.
ALVAR. ¿Piensas reinar por ventura?
INES. ¿Lo juzgais un imposible?
ALVAR. ¡En tí la corona augusta!
¡Tú reinar! .. no reinarás!
nunca llegan á esa altura
las que olvidando su honor
con el amor se disculpan.
Aunque don Pedro rechace
de la infanta la hermosura
y los conciertos se rompan
cuando al régio asiento suba,
no ha de sentar en su trono,
no ha de ensalzar á la púrpura,
á la mujer que el amor
dejó en sus brazos impura.
INES. ¡Villano! ten esa lengua;
á las damas de mi alcurnia
el amor puede matarlas,
pero deshonrarlas nunca.
ALVAR. ¿Qué dices, Inés?
INES. ¡Qué digo!
que la sagrada coyunda
hace quince años unió
nuestras almas en una.
ALVAR. ¡Inés! tú casada!
INES. Sí.
ALVAR. ¡Tú casada! ¡y esta angustia!
¿Y este frenético amor
que el corazon me tortura?
Adios esperanza mia.
INES. ¡Tú una esperanza!
ALVAR. La única!
INES. ¿Cuál?
ALVAR. Del Infante el olvido!
INES. ¡Miserable! ¡qué pronunciais!
Don Pedro olvidarme!
ALVAR. Arráncame
el corazon! ¡ah! ¡qué dudas!
Prendió el amor en mi pecho
con raices tan profundas,
que ni le acaban desdenes

ni le quebrantan injurias.
Tan poderoso le siento,
tan ardiente mi alma inunda,
que no es capaz de extinguirse
ni con la vejez caduca.
Tiranas leyes impone
su voluntad absoluta,
sólo rompiendo mi vida
romperá sus ligaduras.

INES. ¡Me aterrais!

ALVAR. ¡Oh! sí, bien haces!
que mi pasion es tan ruda
que por verse bien lograda
los crímenes no la asustan.
Volcan que escondido ruge,
nube que rayos anuncia,
fiera que brama en el fondo
de su lóbrega espelunca.

INES. La nieve de mis desvios
cubre del volcan la furia;
el sol de mi honor deshace
la nube que avanza oscura;
cadenas son mis deberes,
que atan la fiera iracunda.

ALVAR. ¿Me odias?

INES. Ni aún os odio.

ALVAR. Inés,
Privado del rey me juzgan!
¡ay si al rey de Portugal
mi odio contra tí conjura!

INES. La Infanta me está esperando,
no volvais á hablarme nunca!

ESCENA XIII.

D. ALVAR.

Pues nada mi amor alcanza
de tu excesivo rigor,
verás trocado mi amor
en odio eterno y venganza.
(Éntrase Doña Inés en la quinta.)

Ya murió toda esperanza;
arriesguemos la partida,
que la esperanza perdida
de conseguir tu hermosura,
en cambio de mi ventura
me darás la honra y la vida.

ESCENA XIV.

D. ALVAR, el REY, PEDRO COELLO, que sale de la quinta.

REY. Don Alvar, desesperado
vengo á pedir un consejo;
por eso á la Infanta dejo;
el Infante está casado.
Veo en tierra mi opinion
si falto á la fe jurada!
¿Ha de volver deshonrada
doña Blanca?
ALVAR. No es razon.
REY. Su hermano querrá vengar
su deshonra en cruda guerra.
ALVAR. El Papa tiene en la tierra
el poder de desatar.
Tan justas las causas son
que no habrá reparo en ello;
mandad á Pedro Coello
con un mensaje á Aviñon.
Ese lazo reprobado
así se puede romper;
el amor no ha de poder
más que la razon de estado.
REY. Y ese casamiento...
ALVAR. Sí;
su nulidad Inocencio
decretará... y vos...
REY. Silencio,
don Alvar, ya están aquí.

ESCENA XV.

DOÑA BLANCA, JAQUES, D. PEDRO, DOÑA INÉS, que salen de la quinta. El REY, D. ALVAR y PEDRO COELLO.

BLANCA. (Saliendo.)
Ya es tarde; partamos, pues.
(Ap.) Me asombra riqueza tanta.
INES. Es muy hermosa la Infanta.
BLANCA. (Subiendo á la litera apoyada en el Rey, que se ha acercado. Ap.)
¡Es muy bella doña Inés!
(Pónese la comitiva en marcha, en cuanto desaparecen, el Rey se dirige violentamente á D. Pedro.)
REY. Vuestra ciega irreflexion
y vuestro amor imprudente,
arrojaron en mi frente
el oprobio y el baldon.
Si el que de noble blasona
por su honor en vela está,
¿qué hará, don Pedro, qué hará
quien ciñe á su sien corona!
¿No querrá tomar venganza
de Navarra el rey bizarro?
PEDRO. Yo se la daré al navarro
con la punta de mi lanza,
á toda rienda el bridon
y sobre el pecho el arnés.
(Tomando la mano de Doña Inés.)
¡Á Coimbra, doña Inés!
REY. (Dirigiéndose á Pedro Coello.)
¡Pedro Coello! ¡á Aviñon!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio de Coimbra. Puerta grande al foro. Izquierda, primer término, balcon: segundo entrada á la antecámara del Rey. Derecha, primer término, entrada á la cámara de Doña Blanca. Segundo puerta que conduce á las habitaciones interiores de palacio. Sillones. Mesa con tapete de terciopelo encarnado con los escusones de Portugal. Recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA, JAQUES.

Doña Blanca sale por el primer término derecha. Jaques por el foro.

BLANCA. Jaques.
JAQUES. Señora.
BLANCA. ¿Qué nuevas?...
JAQUES. ¡Voto á mi patron San Jaime!
Estoy por dar de una vez
con el Rey Alfonso al traste!
BLANCA. ¿Qué decis?
JAQUES. Que todo son
misterios y ambigüedades.
Mudo el Príncipe, el monarca

con torvo y fiero talante,
por más que fingir procura
traicion su rostro le hace.

BLANCA. ¿Qué es esto, Jaques?

JAQUES. No sé;
ha quince dias mortales
que llegamos á Coimbra,
y desde el primer instante,
ví que no estaba de acuerdo
el Príncipe con su padre.

BLANCA. ¿Y vos, qué juzgais?

JAQUES. Señora,
que estas bodas no le placen
y retardarlas procura.

BLANCA. ¡Cielos! á mí tal desaire!

JAQUES. ¿Que es desaire? Doña Blanca,
imaginais que eso es fácil?
Don Alfonso á vuestro hermano
ha dado seguridades;
si los conciertos rompiese;
por villano, por infame,
trocaríanse las fiestas
en duelo y lagos de sangre.

BLANCA. Yo la prudencia os encargo.

JAQUES. ¿No hemos tenido bastante?
¿no debieron ser las bodas
al punto que vos llegasteis?
esta tardanza ¿qué indica?
¿qué disculpa puede darse?

BLANCA. Cortesanas ceremonias
han hecho que se dilaten
los deseos de que el Papa
bendijera nuestro enlace.

JAQUES. Si esos fueran sus deseos
arregláranlo ellos ántes.
Otro motivo hay, señora,
y yo tengo que aclararle.
¿No recordais lo que os dijo
al llegar vos el Infante?

BLANCA. Recuerdo que sus palabras
fueron...

JAQUES. Palabras al aire,

embozadas reticencias
en incomprensibles frases,
que si no eran descorteses
no pecaban de galantes.

BLANCA. No sé qué siente mi pecho
que duda y tiembla cobarde.

JAQUES. Quién trata de tal manera
hembras de vuestro linaje!

BLANCA. ¿Y qué haremos?

JAQUES. ¿Qué? Romper
el silencio á todo trance;
ó la boda se hace hoy mismo,
ó juro á Dios!...

BLANCA. No, no, Jaques;
palabra dió el Rey, yo fio
siempre en las palabras reales.

JAQUES. Pues yo de esta incertidumbre
quiero que al punto me saquen,
y voy...

BLANCA. Esperad. Aquí
llega don Alvar Gonzalez.

ESCENA II.

DOÑA BLANCA, D. ALVAR, segundo término, izquierda, JAQUES.

ALVAR. Guárdeos el cielo, señora.

BLANCA. Tambien, don Alvar, os guarde.
Qué deseais?

ALVAR. Don Alfonso
me manda á vos con mensaje.

BLANCA. El Rey qué quiere?

ALVAR. Desea,
señora, que Dios derrame
sobre vos sus bendiciones.

BLANCA. Yo agradezco sus bondades
por más que no es el deseo
de don Alfonso tan grande.

ALVAR. ¿Quién lo atestigua?

BLANCA. Tardanzas
que no pueden disculparse.

ALVAR. Palabras de reyes, nunca,
nunca es posible que falten.
BLANCA. Mucho más que las palabras
se aprecian las voluntades.
Quince dias han pasado,
quiera Dios que más no pasen;
anuncios son de tibieza
ya que sospechas no caben.
Que á mi decoro una injuria,
no digo yo al sospecharse,
al imaginarse solo,
sube el rubor al semblante.
Decid al Rey que yo aprecio
su deseo en lo que vale,
y añadid que nunca olvide
que el honor es vidrio frágil,
y una ofensa basta solo
á romperle ó á empañarle.
Que, aunque mujer, Dios me ha dado
defensores que me amparen,
hermanos que reyes son,
reyes que diez mil infantes
y cuatrocientos ginetes
tienen del Ebro á la márgen.
ALVAR. (Ap.) Brava ocasion se presenta
para dar cima á mis planes!
la sospecha en ella, luego
la rebelion... ¡adelante!
(Alto.) Vos en el Rey don Alfonso
traicion, felonía y fraude?
malos consejos, señora,
malos consejos tomasteis.
JAQUES. (Empuñando.)
¡Vive el cielo!
ALVAR. No lo digo
por vos.
JAQUES. ¿Por quién?
ALVAR. Escuchadme.
Espejo de caballeros,
sin nubes que su honra empañen,
noble princesa, es el Rey
del Portugal y el Algarbe.

Son las palabras que da
columnas firmes y estables,
que altaneras desafian
los tiempos y las edades.
Fiad en el Rey, Infanta,
el Rey casi es vuestro padre,
lo que por vos él no logre,
no podrá lograrlo nadie,
aunque como vuestro hermano
tenga ginetes é infantes
en son de guerra dispuestos
allá del Ebro á la márgen.

BLANCA. Pues si no es el Rey, entónces,
¿quién se opone?

ALVAR. Dios lo sabe.

JAQUES. Hablad claro ¡vive Cristo!
hablad claro, Alvar Gonzalez.

ALVAR. Deberes que cumplir tengo.

BLANCA. ¿Luego hay motivos?

ALVAR. Y grandes.

BLANCA. ¿Y el Rey no se opone?

ALVAR. No.

BLANCA. Entónces... será el Infante.
(Silencio.)
¿Callais?

ALVAR. Señora...

BLANCA. ¡Don Alvar!

ALVAR. No puedo hablar; dispensadme.

BLANCA. Pero...

ALVAR. En vuestra servidumbre
dama teneis que lo sabe.
(Saluda y váse por el foro.)

ESCENA III.

DOÑA BLANCA, JAQUES.

BLANCA. ¿Escuchasteis?

JAQUES. Vuestra grey
se infama.

BLANCA. ¡Jaques!

JAQUES. ¡Señora!

BLANCA. Yo haré que se explique ahora
el Infante...
JAQUES. Pues yo... El Rey.
(Váse segundo término izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA.

¿Qué es esto? ¡divinos cielos!
¡yo tiemblo! ¡yo desvario!
¡tengo amor! amor? Dios mio!
¡tengo celos, tengo celos!
Pero... ¿posible será?
¿tan pronto amor nos inflama?
¿qué dijo ese hombre?... ¡Una dama!
(Viendo á Doña Inés, que sale segundo término derecha.)
¡Ah! doña Inés lo sabrá.

ESCENA V.

DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS.

BLANCA. Llegad; pláceme encontraros.
INES. Ved en qué os puedo servir.
BLANCA. Consejo os quiero pedir.
INES. ¿Consejo?
BLANCA. Deseo hablaros.
Escuchadme.
INES. ¿Yo? (Ap.) ¡Valor!
Ya escucho.
BLANCA. Con interés.
INES. Hablad.
BLANCA. ¿Sabeis, doña Inés,
¿sabeis vos lo que es amor?
INES. ¿Yo?
BLANCA. Sí, lo sabeis; de fijo.
INES. ¡Ah! sí, señora!
BLANCA. Es forzoso;
vos amasteis á un esposo;
vos adorais á vuestro hi o.

Bien sabeis lo que es amar.
INES. Con todo mi corazon.
BLANCA. Por eso en esta ocasion
consejos me vais á dar.
Yo amo!
INES. ¿Vos?
BLANCA. ¿En mi semblante
no lo conoceis?
INES. Señora...
BLANCA. Con locura mi alma adora.
INES. ¿Á quién?
BLANCA. ¿Á quién? ¡Al Infante!
INES. ¿Qué? ¿cómo?
BLANCA. ¿Os ha sorprendido?
INES. ¡No!... no!...
BLANCA. ¿Qué os puede extrañar?
INES. Seguid.
BLANCA. ¿Á quién he de amar?
Al que va á ser mi marido.
Otro amor fuera baldon.
Gracias al Señor he dado
que hizo la razon de estado
conforme á mi corazon.
INES. Si ese amor os está bien,
si vuestro pecho le adora,
¿para qué quereis, señora,
que ya consejos os den?
Agradeced á los cielos
que os otorguen tal favor.
BLANCA. Es que ha nacido mi amor
juntamente con mis celos.
INES. ¿Celos?
BLANCA. Sí.
INES. ¡Celos! ¿De quién?
¿de quién?
BLANCA. Doña Inés, lo ignoro.
INES. ¿Cómo?
BLANCA. Yo á don Pedro adoro
y estoy viendo su desden.
IDES. ¿Qué decis?
BLANCA. De mi presencia
el Infante se desvia,

y hallo en su mirada fria
respetuosa indiferencia.
Indiferencia glacial,
que el corazon me desgarra!
¿por qué salí de Navarra?
¿por qué vine á Portugal?

INES. ¿Y de mí os quereis valer?

BLANCA. Sí, Doña Inés, ayudadme,
instruidme, aconsejadme,
decidme qué debo hacer.

INES. Yo?

BLANCA. Sí, vos.

INES. Si algo supiera...

BLANCA. ¿Son acaso desvaríos?
serán...

INES. En punto á desvíos
soy muy mala consejera,
que si conozco muy bien
con qué encanto seductor
prende las almas amor,
ignoro lo que es desden.
Por eso aunque yo pudiera
á aconsejar no me obligo;
por eso, señora, os digo
que soy mala consejera.

BLANCA. ¿No quereis?

INES. Es que no sé.

BLANCA. Me asombra tanto teson.
Yo apelo á ese corazon.

INES. No puedo.

BLANCA. ¿Por qué?

INES. ¿Por qué?
Porque hace tiempo bastante
que en palacio no he vivido,
porque yo jamás he sido
confidente del Infante.

BLANCA. No conoceis á quien ama?
Doña Inés, no me engañeis.

INES. ¡Señora!...

BLANCA. La conoceis,
si, vos sois la única dama
al lado de mi persona

que de su amor fué testigo,
todas las demas conmigo
han venido de Pamplona.
De este amor teneis la clave,
Doña Inés, yo lo sostengo,
dama á mi servicio tengo
que de sus amores sabe.
Yo os lo ruego, yo os lo exijo,
por el recuerdo sagrado
del esposo malogrado
que aún amais; por vuestro hijo,
por su existencia adorada.

INES. ¿Mi esposo decis?

BLANCA. ¡Sin duda!

INES. ¿Por él rogais?

BLANCA. ¿No sois viuda?

INES. ¡No, señora; estoy casada!

BLANCA. ¿Estais casada?

INES. Lo estoy.

BLANCA. Y vuestro esposo, ¿quién es?

INES. (Viendo á D. Pedro.)
El Infante.

BLANCA. (Á Doña Inés.) ¡Oh, doña Inés!
Silencio: á saberlo voy.

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA, D. PEDRO y DOÑA INES.

PEDRO. (Llega por el foro y se inclina para besarla la mano.)
¡Doña Blanca!

BLANCA. (Retirando la mano.) Alzad, Infante.

PEDRO. Señora, si os he agraviado...

BLANCA. (Con ironía.)
No pecais de enamorado,
no presumais de galante.

PEDRO. Severa estais.

BLANCA. Con derecho.

PEDRO. No seria tan severa
si vuestra alteza leyera

en el fondo de mi pecho.
Si vierais el frenesí
que le destroza tirano,
ni apartarais vuestra mano,
ni me tratarais así.
Sea vuestro honor testigo.

INES. (Ap.) ¿Se va á explicar?

PEDRO. No me arredro.

BLANCA. (Ap.) ¿Qué va á decir? (Alto.) Ved, don Pedro,
que estais hablando conmigo.

PEDRO. ¡Ah! no temais mi franqueza;
quien sois, doña Blanca, sé,
y jamás olvidaré
el decoro de su alteza.
Pero un tormento indecible
el corazon me devora,
porque no puedo, señora,
luchar con un imposible.
No es agravio, no en verdad,
que en vos, doña Blanca, aduna
la lisongera fortuna
honor, virtud y beldad.
Pues si hermosura y honor
y virtud en vos se emplean,
¿dónde hay príncipes que sean
dignos de vuestro favor?

BLANCA. Príncipes hay, segun ví,
de contrario parecer.

PEDRO. ¿Pues qué príncipe ha de haber?...

BLANCA. No está muy lejos de aquí.

PEDRO. ¡Doña Blanca!

INES. (Ap.) ¡Qué ansiedad!

BLANCA. ¿No le tengo en mi presencia?

PEDRO. Pronto á perder la existencia
porque acepteis su amistad.

BLANCA. Su amistad, mas no su amor.

PEDRO. Dar su amor le está vedado,
que fe de esposo ha jurado
ante el ara del Señor.

BLANCA. ¡Qué habeis dicho! ofensa tal
á mi preclaro linaje.
¡Infante! de tal ultraje

cuentas dará Portugal.

INES. Dejad que las pida Dios,
que me libra de una afrenta.

BLANCA. ¿Y á vos quién os pide cuenta?...
(Repentinamente.)
¡Ah! sí, sois vos! sí! sois vos!
¡Oh! ya sospecha no cabe;
ya es certidumbre, no indicio.
Dama tengo á mi servicio
que de sus amores sabe.
Vos sois, sí, claro se muestra.
vos, sí, que mi honor desdora.
¡Mi dama!

INES. ¡Yo! Ved señora;
que ya no soy dama vuestra.

BLANCA. ¿No lo sois?

INES. No.

PEDRO. No lo es.

INES. Rechazo bajeza tanta.

BLANCA. De Navarra soy Infanta.

PEDRO. ¡De Portugal doña Inés!

BLANCA. Arriesgada es la partida
y temeraria la empresa,
soy agraviada princesa,
y soy mujer ofendida.
¡Jaques! aquí! sin tardanza,
(Sale Jaques del segundo término izquierda.)
pronto! mis damas! mis gentes!
(Váse Jaques por el primer término derecha.)
ya sentireis imprudentes
el peso de mi venganza.
¿No hay quien me saque de aquí?
de este palacio fatal?
(Viendo al Rey que sale por el foro.)
Alfonso de Portugal:
¿dónde está mi honor?

REY. ¡En mí!

ESCENA VII.

DOÑA INÉS, D. PEDRO, el REY, DOÑA BLANCA.

BLANCA. ¿En vos?

INES. ¡El Rey!
PEDRO. ¡Esto más!
REY. Cumplo cual cumple á mi grey;
la palabra que da el rey
no se quebranta jamás.
INES. (Ap.) Yo tiemblo!
PEDRO. (Ap.) En su aspecto noto
tal confianza severa.
BLANCA. Hablad!
INES. Sí.
BLANCA. ¿De qué manera...
REY. Su casamiento está roto.
INES. ¡Roto!
PEDRO. ¿Roto? ¿y qué razon...
REY. ¿Razon? ¿no habeis dado en ello?
PEDRO. ¿Yo?
INES. Señor...
REY. Pedro Coello
ha llegado de Aviñon.
Id á enjugar vuestro llanto
en un claustro, doña Inés.
No sois su esposa.
(Mostrándola un pergamino.)
Este es
el breve del Padre Santo.
INES. (Cayendo desmayada.)
¡Jesus!
REY. (Á D. Pedro.) Por más que no os cuadre
siempre al honor me sujeto.
PEDRO. (Con ira reconcentrada.)
Fiasteis en mi respeto?
en mucho fiasteis, padre.
REY. (Con severidad.)
Callad, don Pedro, os lo exijo,
no abuseis de mi prudencia,
vos me debeis obediencia
como vasallo y como hijo.
PEDRO. (Con brio.)
¡Obediencia! Juro á Dios
que si la obediencia es ley,
no la tuvisteis al rey
ni al padre, tampoco vos.

REY. ¡Insensato! ¿qué decis?
PEDRO. Dígalo el obispo de Évora,
y desde el Miño hasta el Gébora
los duelos de don Dionis.
REY. (Irritado.)
¡Don Pedro! ved...
PEDRO. (Desesperado.) ¡Si es mi vida!
no veis?...
REY. ¡Hay mayor locura!
PEDRO. ¿No estais viendo esa hermosura
al dolor desfallecida?
(Arrojándose á los piés de Doña Inés.)
¡Inés mia! ¡ay de mí! ¡Inés!
vuelva el color á tu rostro,
mírame aquí; yo me postro
desesperado á tus pies.
¿Piensas tú que mi amor tierno
ceda con tanta flaqueza?
ántes caiga en mi cabeza
la maldicion del Eterno!
INES. (Volviendo en sí.)
¡Pedro!
REY. (Acercándose á ella.) Señora...
INES. ¡Oh, dolor!
¡Pobre esposa! ¡pobre madre!
REY. (Separando á D. Pedro.)
Soy vuestro padre!
PEDRO. ¡Mi padre!
Padre soy tambien, señor.
Si por lograr vuestra idea
de padre el nombre invocais,
mi deber me recordais,
dejad que tambien lo sea.
INES. ¡Pedro!
PEDRO. ¡Inés!
REY. ¡Qué desvarío!
¡Príncipe!
PEDRO. Tambien soy padre.
ALF. (Fuera.) ¡Madre!
PEDRO é INÉS. ¡Alfonso!
ALF. (Fuera.) ¡Padre! madre!
REY. (Sorprendido.) ¡Cielo!

INES. (Corriendo á abrazar á Alfonso.)
¡Hijo mio!
PEDRO. (Id.) ¡Hijo mio!
(Al entrar Alfonso quedan abrazados á él convulsivamente D. Pedro y Doña Inés.)

ESCENA VIII.

DOÑA BLANCA, EL REY, á la izquierda; D. PEDRO, ALFONSO y DOÑA INÉS, á la derecha.

ALF. ¿Es cierto lo que he sabido?
¿qué sucede aquí? ¿qué pasa?
rumores hay en palacio
que nos ofenden y agravian.
Dicen!... ¡ah! no sé qué dicen!
que vuestros lazos desatan,
que hoy mismo Pedro Coello
un breve trajo del Papa,
y que se hace el matrimonio
de mi padre y doña Blanca.
¿Esto es verdad? si lo es
esta verdad nos infama!
(Con regocijo.)
¡Ah! no lo es! no, mis padres
juntos están y me abrazan;
no lo es...
(Doña Inés rompe en llanto.)
Pero ¿llorais?
llorais?
(Cayendo en sus brazos llorando.)
¡Madre de mi alma!
REY. (Ap.) ¡Maldito honor! á mis ojos
siento asomarse las lágrimas,
y el corazon en mi pecho
latiendo se despedaza.
BLANCA. (Acercándose al Rey.)
Hoy mismo, Rey don Alfonso,
la vuelta doy á Navarra.
REY. (Á Doña Blanca.)
¿Qué estais diciendo, señora?

no es posible! (Ap.) ¿Y mi palabra!
PEDRO. (Á Inés.) Ganemos tiempo.
INES. (Á D. Pedro.) ¿Qué intentas?
PEDRO. (Á Doña Inés.)
Escucha, Inés, y ten calma.
BLANCA. (Al Rey.)
Aunque el poder soberano
nos una á los piés del ara,
Rey Alfonso, Rey Alfonso,
¿quién unirá nuestras almas?
Si he perdido para siempre
toda amorosa esperanza
¿qué porvenir es el mio?
¿qué felicidad me aguarda?
hoy esposa aborrecida,
reina luego repudiada.
INES. ¡La fuga! (Á D. Pedro.)
PEDRO. (Á Doña Inés.) Con nuestro Alfonso...
al momento, sin tardanza.
No se efectuarán las bodas.
REY. (Á Doña Blanca.)
Las bodas se harán mañana.
Retiraos.
BLANCA. (Llorosa se dirige á su cámara.)
Ah!
REY. Don Pedro,
acompañad á la Infanta.
PEDRO. (Á Inés.) Espérame.
(Vánse D. Pedro y Doña Blanca por el primer término derecha. Alfonso se dirige al Rey.)
REY. (Con severidad.) ¿Qué quereis?
ALF. Vos no haceis lo que Dios manda.
REY. (Á Alfonso.)
Salid de aquí. (Váse Alfonso foro.)
(Á Doña Inés.) Esperad.

ESCENA IX.

EL REY, DOÑA INÉS.

INES. Señor!
REY. No intento

abusar del poder, soy el más fuerte,
y hasta mis pensamientos más ocultos
mis vasallos sumisos obedecen.
Si hoy, doña Inés, mi autoridad depongo,
y no el Rey, sino el padre, á hablaros viene;
deponed vos tambien los pretendidos
derechos que en mal hora os dió la suerte.
Ahogad la voz del corazon, señora,
reconcentrad en vos vuestros deberes;
el deber es virtud, la virtud hija
de Dios, la recompensa alcanza siempre.

INES. ¿Qué deseais de mí?

REY. Lo habeis oido.

INES. ¿Que cumpla mi deber? Ántes mil veces
las aguas de los mares procelosos
se unirán á las bóvedas celestes,
que falte á su deber de esposa y madre
quien de madre y de esposa el alma tiene.

REY. ¿Vos lo entendeis así?

INES. Yo así lo entiendo.

REY. Otras razones hay.

INES. No me convencen.

REY. ¡No os quereis convencer! Ilusa y ciega
para vos la razon es vil juguete,
y no apartais la planta del abismo
á donde os lleva vuestro amor rebelde.
¡Vuestro amor! dije mal, no, no es posible.
Amor es grande, y generoso, y héroe;
tal vez un sentimiento más mundano
tenga, señora, en vuestro pecho albergue.

INES. ¿Un sentimiento? ¿cuál?

REY. ¡Sois ambiciosa!

INES. Dios os perdone el pensamiento aleve!
Dadme mi quinta y su vergel florido,
sus frescos bosques y sus claras fuentes,
*sus colinas de mirtos y arrayanes,
*sus florestas de nardos y claveles.
*Dadme la brisa que la mar sonora
*sobre sus campos de esmeralda tiende,
el armonioso trino de sus aves,
su matutina luz, su sol poniente;
dejadme allí á don Pedro y á mi Alfonso,

de esta infeliz mujer únicos bienes,
y guardad para vos esa grandeza
que torna el corazon seco y estéril.
Más precio yo á mis piés la verde alfombra
y sobre mí las nubes trasparentes,
que el soberbio escabel bajo mis plantas
y la corona real sobre mis sienes.

REY. Buscad, buscad para tan ruin empleo
al hijo ignoto de la oscura plebe,
que pase su existencia sumergido
en los brazos del ocio y del deleite.
No á aquel que doma con robusta mano
al bruto indócil del fecundo Bétis;
que embraza escudos, que venablos vibra,
sobre el hombro el arnés, yelmo en la frente;
no á aquel que por su cuna está llamado
á ceñir la diadema de los reyes.

INES. ¡Siempre ese horrible y lúgubre fantasma
que mis amantes sueños ennegrece!
¡siempre esa roja púrpura que tiñe
con su color de sangre cuanto envuelve!

REY. ¡Siempre! no vacileis, de dos naciones
los futuros destinos de vos penden:
Navarra y Portugal con lazo amigo
unirán en su escudo sus cuarteles,
ó inundará sus fértiles campiñas
un tumultuoso mar de sangre hirviente.
Por vos habrá ventura y regocijo,
por vos habrá desolacion y muerte;
mucho alcanzais, señora, á vuestro antojo
vos podeis dispensar males ó bienes.
¡Elegid!

INES. ¡Yo!

REY. Elegid.

INES. ¡Señor, no puedo!
¡no le puedo olvidar! ¡no soy tan fuerte!

REY. ¿No os decidís?

INES. No puedo.

REY. ¡Ved, señora
que árbitro soy y peco de prudente!
¡Reflexionadlo bien!

INES. ¡Estoy resuelta.

si le falta mi amor don Pedro muere.
REY. ¡Oh! ¿tanto confiais?
INES. ¡Tanto confio!
Vale mucho mi amor; caro se vende.
REY. Está bien.
INES. ¿Os marchais?
REY. Pronto, señora,
sabreis mi voluntad.
(Váse, segundo término, izquierda.)
INES. (Cayendo de rodillas.) ¡Cielos! ¡Valedme!

ESCENA X.

DOÑA INÉS.

¡Señor! si el llanto de la triste madre,
si de la esposa la afliccion os mueve,
fijad vuestra mirada en mi martirio
y aplacad mi dolor, Rey de los reyes.
Yo, insensata, creí que eran remedo
de vuestra santa gloria los placeres
castos de madre tierna y fiel esposa
y me entregué á mi dicha ciegamente.
Pero si es vuestra ley que en esta vida
la flaca humanidad llorando pene,
yo acataré sumisa los preceptos
de vuestra voluntad omnipotente.

ESCENA XI.

DOÑA INÉS y D. ALVAR.

ALVAR. (Entra segundo término izquierda.)
¿Lloras? ¿rezas, Inés?
INES. (Levantándose.) ¡Gran Dios! ¡don Alvar!
ALVAR. Llora, y dirige á Dios tus tristes preces;
no hay en la tierra quien tu llanto escuche,
tu pena alivie, ni tu mal remedie.
INES. ¿Á qué venis aquí?
ALVAR. Vengo á buscarte.
INES. ¿Vos?
ALVAR. Por órden del Rey.

INES. ¿Y el Rey qué quiere
ALVAR. Te aguarda un claustro.
INES. ¡Un claustro!
ALVAR. Allí el silencio,
el llanto y la oracion; allí bien puedes,
á solas con tu amante desvarío,
llorar, Inés, por el amor que pierdes.
INES. ¡Don Alvar! ¿quién os dió para insultarme
derecho?
ALVAR. Tu rigor y tus desdenes;
este cruel amor que me asesina...
INES. Y ese odio vil que en tus entrañas hierve.
ALVAR. ¡Odio! ¡tienes razon! odio implacable,
que el corazon frenético me muerde,
tenaz, inestinguible, poderoso,
voraz como mi amor, como él ardiente.
¡No reinarás! Si culpas de tus males
á don Alfonso, Inés, mal me comprendes;
del Rey privado soy, el rey Alfonso
mi acento escucha, mi consejo atiende;
y ese extremado honor que le domina
es de mi odio la voz que le habla siempre.
¡Cúlpame á mí! yo leo en su semblante,
penetro en los misterios de su mente,
su planta guio, y su razon esclava
mis menores caprichos obedece.
Cúlpate á tí y á tu beldad esquiva.
Yo he mandado á Coello por el breve
del Papa, yo arreglé con el navarro
las bodas de don Pedro; si aún te atreves
á despreciar mi amor, yo te lo juro,
arrancaré el decreto de tu muerte.
La lucha es desigual, solo te salva
mi amor!... no reinarás.
INES. ¡Traidora sierpe,
clava en mi pecho el dardo venenoso,
mátame de una vez! Aquí le tienes!
ALVAR. ¡Inés!
INES. ¡Tiemblas! no dudes, que mi alma
cuanto más ve tu amor, más te aborrece.
ALVAR. ¡Desdichada mujer! cumple las órdenes
del Rey... Conmigo ven!

INES. ¡Ah! no lo esperes!
¡Contigo!

ALVAR. Sí!

INES. ¿Contigo? ¡Nunca! nunca!

ALVAR. El Rey lo ordena; el Rey!

INES. ¡Nunca! mil veces!

ALVAR. (Agarrándola de un brazo.)
Yo te haré obedecer!

INES. Favor! ¡socorro!

PEDRO. (Que sale de la cámara de la Infanta.)
¡Inés!

INES. ¡Pedro!

ALVAR. (Soltando á Doña Inés.)
¡El Infante!

PEDRO. (Con voz de trueno y poniéndose en medio.)
¿Quién te ofende!

ESCENA XII.

DOÑA INÉS, D. ALVAR, D. PEDRO, primer término derecha.

PEDRO. ¡Miserable! (Á Doña Inés.) ¿Tú á sus piés,
tú le ruegas? tú te humillas?
(Cogiendo violentamente á D. Alvar de un brazo y haciéndole arrodillar.)
¡De rodillas! ¡de rodillas!
delante de doña Inés.

ALVAR. (Levantándose y con energía.)
¡Don Pedro!

PEDRO. ¡La voz levantas!

ALVAR. ¿Ese insulto?...

PEDRO. Aún te ha de honrar!
si no mereces besar
ni aún el polvo de sus plantas.

ALVAR. Pensad que dió mi señor
órden que ha de ser cumplida.

PEDRO. Piensa tú más en tu vida,
que eso te estará mejor.
Y no des lugar, villano,
á que en mi loco despecho,
más que la espada en tu pecho

(Levantando la mano.)
ponga en tu rostro la mano.
(D. Alvar empuña la espada.)

ALVAR. ¡Oh!

PEDRO. (Desenvainando.) ¡Traidor! ¡audacia tanta!

ALVAR. (Bajando la cabeza.)
¡Señor!... yo... si os agravié!...

PEDRO. Basta.

ALVAR. (Ap.) Yo me vengaré.

PEDRO. (Tomando de la mano á Doña Inés.)
¡Don Alvar! Paso á la infanta!
(Vánse por el foro.)

ESCENA XIII.

D. ALVAR, luego PEDRO COELLO.

ALVAR. Ese desprecio arrogante
y esa insensata altivez,
si se sufren una vez
no se perdonan, Infante.
(Reflexionando.)
¿Cuál será su intento?—Ah! sí,
la fuga... ya he dado en ello,
no cabe duda.
(Llamando segundo término derecha.) Coello,
Coello?

COELLO. (Saliendo.) Señor.

ALVAR. Aquí!

COELLO. Aquí estoy.

ALVAR. Oid.

COELLO. Mandad.

ALVAR. Se han fugado.

COELLO. Quién?

ALVAR. Los dos.
Doña Inés y...

COELLO. ¡Vive Dios!

ALVAR. Id tras ellos. No: esperad.

COELLO. ¿Á qué punto me dirijo?

ALVAR. (Ap.) ¡Oh! qué idea! (Alto.) No lo sé.

COELLO. (Preparándose á salir.)
De ellos me apoderaré.

ALVAR. No; de ellos no; de su hijo.
COELLO. Yo os le traeré.
ALVAR. (Deteniéndole.) Sin embargo,
tambien... es preciso ir...
(Con resolucion.)
despues; teneis que cumplir,
Coello, con otro encargo.
Venid.
COELLO. ¿Adónde?
ALVAR. (Llevándole al balcon del primer término izquierda.)
Mirad,
¿veis?
COELLO. El puente del Mondego.
ALUAR. No; más lejos! ¿estais ciego?
¿qué veis?
COELLO. La Universidad
que fundó el rey don Dionis.
ALVAR. Llegais, pasais el rastrillo. (Contando.)
Uno... dos... aquel castillo,
¿le veis?
COELLO. Le veo.
ALVAR. Subis
al último torreon.
COELLO. ¿Á cuál?
ALVAR. Al del homenage,
y allí... ya en aquel paraje,
voltead el esquilon.
COELLO. La plataforma...
ALVAR. Está franca:
despues, con ánimo entero,
«Viva Don Pedro primero,»
gritad, «Muera Doña Blanca.»
COELLO. (Asombrado.)
¿Cómo?
ALVAR. ¡Necio! que es un plan
meditado no conoces?
COELLO. (Afanoso.) Don Alvar!...
ALVAR. Mil y mil voces
á la vuestra se unirán.
No temais.
COELLO. ¿Y desde allí?
dónde voy?

ALVAR. Despues... oculto,
cuando comience el tumulto
procurad llegar aquí.
(Váse Coello por el fondo.)

ESCENA XIV.

D. ALVAR.

Cuando sepan que su hijo
en nuestro poder está,
el padre... tal vez vendrá;
la madre, viene de fijo.
Despues... la pagada grey;
la fingida rebelion;
la Infanta... esta es la ocasion,
no hay remedio... cede el Rey.
(Con dolor.)
¡No hay remedio!
(Con encono.) ¡Ah! ¿Todavía
mi alma indecisa fluctúa?
(Viendo á Jaques.)
¡Aquí Jaques de la Rua!
¡el infierno me le envia!
(Se sienta á la mesa, toma un pergamino y escribe.)

ESCENA XV.

D. ALVAR, JAQUES.

JAQUES. (Saliendo de la cámara de la Infanta, primer término derecha.)
De hablar á la Infanta vengo,
don Alvar, y ¡vive Cristo!
despues de lo que hemos visto
no sé cómo me contengo.
No es ya posible en los dos
ni concierto ni alianza;
mas nos queda una esperanza...
(Viendo que D. Alvar continúa escribiendo.)
¿No me atendeis? ¡vive Dios!

ALVAR. (Levantándose.)
Hago más: (Dándole el pergamino.)
Prueba cumplida
es esta de mi amistad.
JAQUES. ¿Un pergamino?
ALVAR. Firmad.
JAQUES. (Recorriendo el pergamino con la vista.)
¡Ah! de doña Inés la vida!
ALVAR. Pedídsela en toda ley,
en nombre de vuestros fueros,
y el Rey ha de complaceros,
ó falta á su honor el Rey.
JAQUES. ¡Su vida qué ha de importar!
¿no es mejor otra venganza?
ALVAR. ¿Cuál?
JAQUES. Con espada y con lanza
la vendremos á buscar.
ALVAR. Si quereis, hacedlo así,
hacedlo; mas no olvideis
que si con lanzas volveis,
lanzas tenemos aquí.
JAQUES. Esa amenaza...
ALVAR. Lo he dicho:
no nos asusta la guerra;
¿pero ha de turbar la tierra
de una mujer el capricho?
¿Qué mayor satisfaccion
puede la Infanta alcanzar
que su desaire vengar?
JAQUES. Don Alvar, teneis razon.
Firmo.
ALVAR. ¿Estais contento?
JAQUES. (Firmando.) Sí;
ya ningun temor me asalta.
Ya está.
ALVAR (Mirándole y devolviéndoselo.)
Muy bien; solo falta
la firma del Rey aquí.
AQUES. Aquí está el Rey.

ESCENA XVI.

D. ALVAR, JAQUES, el REY, segundo término izquierda.

REY. (Á D. Alvar.) ¿Partió ya
doña Inés?
ALVAR. Partió, señor.
REY. Bien!
ALVAR Agraviando mi honor.
REY. Vuestro honor, don Alvar?
ALVAR. ¡Ah!
REY. ¿Qué acontece?
ALVAR. Lo sabreis.
REY. ¿Cuál es la causa? decidme.
ALVAR. Escuchadme.
JAQUES. (Adelantándose.) Antes oidme,
Rey Alfonso.
REY. ¿Qué quereis?
¿vos tambien, Jaques?
JAQUES. Los dos.
ALVAR. La injuria á los dos alcanza.
JAQUES. (Entregándole el pergamino.)
Aquí está nuestra venganza.
REY. ¡Venganza!
JAQUES. ¡Sí!
REY. (Leyendo el pergamino.) ¡Vive Dios!
¿qué dice este pergamino?
JAQUES. Nuestro desagravio es.
REY. ¡La muerte de doña Inés!
¡miserables! ¡yo asesino!
ALVAR. La mano del Rey propicia
cumplirá nuestra esperanza.
REY. Los reyes no dan venganza,
los reyes hacen justicia!
ALVAR. La injuria no es á los dos
solamente, es á los tres;
la afrenta de doña Inés
tambien os alcanza á vos.
REY. ¡Yo afrenta!
JAQUES. Tenedlo en cuenta:
Rey que de justo blasona,

no consiente en su corona
ni la sombra de una afrenta.

REY. Acabemos: hablad, pues,
hablad!

JAQUES. Señor!... ya os lo dije;
el rey de Navarra exige
la muerte de doña Inés.

ALVAR. Doña Inés el soberano
mandamiento despreció,
y el príncipe levantó
sobre mi rostro la mano!

REY. ¿Qué habeis dicho?

ALVAR. La verdad;
lo prueba que en este instante
con doña Inés el Infante
abandona la ciudad.

REY. ¿Despreciando mi órden?

ALVAR. Sí.

REY. ¡Á tanto el Infante osó!

JAQUES. ¿Y el rey de Navarra?

ALVAR. ¿Y yo?
¿y vos?

REY. (Arrancando convulsivamente el pergamino de manos de Jaques.)
¡Ah! traed aquí!
(Se dirige á la mesa y se dispone á firmarle.)

ESCENA XVII.

JAQUES, D. ALVAR, ALFONSO, por el foro, EL REY.

ALF. ¡Sujetarme á mí los brazos!
¡infeliz del que tal haga!
ántes le arranca mi daga
el corazon á pedazos.
(Viendo al Rey.)
¡El Rey! Á vos me dirijo!
sangre vuestra hay en mis venas;
¡cordeles á mí! cadenas!
¡ira de Dios!

REY. (Cayéndosele la pluma de la mano.)

¡Ah! ¡su hijo!

ALF. Piensan que lo he de sufrir
porque soy mancebo intonso?

ALVAR. Ved... mirad...

ALF. Rey don Alfonso,
¿vos lo habeis de consentir?

REY. ¿Qué os han hecho?

ALF. Unos villanos,
¡ardiendo estoy de coraje!
han querido hacerme ultraje
en mí poniendo sus manos.

REY. ¿En vos?

ALF. Mas...

REY. ¡Audacia es!

ALF. No era asunto tan sencillo.

REY. Qué hicísteis?

ALF. Con mi cuchillo
tender á un hombre á mis pies.

REY. ¿Quién á tanto se atrevió?

ALVAR. Yo la órden señor he dado,
yo he mandado...

REY. Mal mandado.

ALVAR. Causas importantes ..

REY. No.

ALVAR. Por detenerlos...

REY. ¡Hay tal!

ALVAR. Yo imaginé...

REY. ¡Qué osadía!
este niño es sangre mia.

ALVAR. Es cierto, más...

REY. Sangre real.
Y el atrevido que así
hollar su blason pretende,
cuando le insulta y le ofende.
me ofende y me insulta á mí!

ALF. (Con entusiasmo.)
¡Sois un buen rey!

REY. (Fijando la vista en el pergamino.)
¡Ah!

ALVAR. (Inclinándose.) Señor!...

ALF. No en vano, abuelo, os proclama
excelso y grande la fama...

REY. ¡Hijo! (Ap.) Me falta el valor!
ALF. No en vano, señor, no en vano
puso Dios Omnipotente
la diadema en vuestra frente
y el real cetro en vuestra mano.
Bendigo el claro blason
que os dió por herencia el cielo;
¡ah! la sangre de mi abuelo
me engrandece el corazon.
REY. ¿Qué dices?
ALF. Todo se hereda,
génio, audacia, no os asombre...
REY. Si muero...
ALF. Con vuestro nombre,
vuestro corazon me queda.
REY. (Abrazándole.) ¡Hijo! tu heróico destino
no se ha de torcer por mí!
ALF. ¿Por vos?
REY. ¡No!
(Arrojando el pergamino.) Fuera de aquí
este odioso pergamino!
Yo romper tan dulces lazos,
rey cruel y padre fiero,
no, que vengan, los espero
para tenderles mis brazos.
ALF. (Cogiendo el pergamino.)
¿Qué es esto?
REY. (Á Alfonso.) Llama á tu padre!
ALVAR. (Inclinándose por un lado.)
¡Señor!
JAQUES. (Por otro.) ¡Ved!...
REY. ¡Más no resisto!
ALF. (Que ha leido el pergamino.)
¡Dios de bondad!
REY. (Apercibiéndose de ello.) ¡Ah!
ALF ¡Qué he visto!
¡mi madre! ¡mi pobre madre!
(Cae en un sillon soltando el pergamino: D. Alvar le recoge y se dirige al balcon por donde mira con ansiedad, Jaques se aproxima al Rey.)
JAQUES. Mirad que hollais el blason
de Navarra, y que os advierte

mi voz...

ALF. (Levantándose y dirigiéndose á Jaques.)
¡Su muerte! ¡su muerte!

JAQUES. Yo exijo satisfaccion!

ALF. ¡Con sangre!

JAQUES. ¡Palabra real...

ALF. ¿Con sangre estás satisfecho?
Pues bien! de tu infame pecho
la sacará mi puñal.
(Desenvaina el puñal, el Rey le detiene.)

JAQUES. ¡Niño!

REY. ¡Alfonso!

ALF. Yo sabré...

REY. ¡Alfonso!

JAQUES. (Al Rey.) Nunca creí
que mal caballero así
faltarais á vuestra fe.

REY. ¡Traidor! ¡eso á mi grandeza!

JAQUES. Iré á mi rey, y aseguro...

ALF. ¡Vive el cielo!

REY. Yo te juro
que irá sólo tu cabeza

JAQUES. (Con altanería.)
Señor!

REY. (Con dignidad.) Partid.

ALVAR. (En el balcon.) Escuchad.
¡Qué ruido! ¡qué agitacion!
(Óyese á lo lejos el sonido de una campana, luego un rumor confuso que se va aumentando hasta el fin del acto.)
Á rebato el esquilon
toca la Universidad!
Rey, Coimbra se levanta.

REY. ¡Á tenderla va mi acero!

VOCES. (Fuera.) ¡Viva don Pedro primero!

REY. ¡Qué escucho!

VOCES. (Fuera.) ¡Muera la Infanta!

ALVAR. El Príncipe!

ALF. ¡Ah! no, señor!

REY. ¡El Príncipe contra mí!

VOCES. (Fuera.) ¡Muera doña Blanca!

ALVAR. ¡Sí!

es el Infante!

REY. ¡Traidor!
¡El Infante mi enemigo!
¡mi hijo en rebelion alzado!
(Va á correr, pero se detiene.)
¡Ah! yo tambien! ¡desdichado!
¡Señor! este es tu castigo!
Qué tormento me devora!
(Jaques ha desenvainado la espada y se ha puesto á defender la entrada de la cámara de Doña Blanca.)

ESCENA XVIII.

JAQUES, á la puerta de la cámara. D. ALVAR, al balcon. ALFONSO, al lado del REY; DOÑA BLANCA, que sale con sus damas de su cámara, primer término derecha; luego DOÑA INÉS y D. PEDRO, por el fondo.

BLANCA. (En la puerta de su cámara.)
Gritos he escuchado fuera!
VOCES. (Fuera.) ¡Muera doña Blanca!
VOCES. ¡Muera!
BLANCA. Señor! ¿qué es esto? (Dirigiéndose al Rey.)
JAQUES. (Á Doña Blanca.) ¡Señora!
BLANCA. ¡Mi muerte piden!
REY. Por Dios!
Si á entrar aquí se propasan,
sobre mi cadáver pasan
ántes de llegar á vos.
INES. (Saliendo.)
¡Hijo!
PEDRO. (Saliendo.) ¡Alfonso!
INES. ¿Dónde estás?
REY. (Al verle.)
¡Don Pedro!
(Á la puerta de la cámara.)
¡Mi guardia aquí!
(Sale la guardia del Rey por el segundo término izquierda.)
Prendedle!
PEDRO. ¡Señor! ¡á mí!
REY. ¡Sois un traidor!

PEDRO. (Acercándose.) ¡Padre!
REY. (Rechazándole.) ¡Atrás!
¡contra vuestro padre en guerra!
PEDRO. ¡Nunca!
REY. Perded la esperanza,
porque ha de ser mi venganza
escándalo de la tierra!
PEDRO. ¡Señor!
REY. ¡Hijo desleal,
la espada!
PEDRO. ¡Yo!
REY. Ó por quien soy. .
PEDRO. (Desenvainándola.)
Por obediente os la doy;
pero no por criminal.
REY. ¡Por criminal!
PEDRO. Si eso fuera,
ni hubiese venido aquí,
ni vos lográrais de mí
que así la espada os rindiera.
REY. ¡Acabemos!
PEDRO. (Entregando la espada.) ¡Tomad, pues!
REY. (Al capitan de la guardia.)
En la torre le encerrad.
INES. (Abrazando á Alfonso.)
¡Ah!
(Al dirigirse el Rey al fondo, D. Alvar se inclina ante él y le presenta el pergamino: el Rey le firma rápidamente.)
ALVAR. ¡Señor!
ALF. (Viendo que el Rey firma la órden.)
¡Gran Dios!
REY. (Devolviendo el pergamino á D. Alvar.)
Tomad.
(Váse por el segundo término de la izquierda, acompañando á Doña Blanca.)
ALVAR. (Con feroz regocijo, ap. á Doña Inés)
¡No reinarás, doña Inés!
(Se dirige al capitan de la guardia y señala á Doña Inés.—Cuadro.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Plataforma de una torre en el palacio del Rey en Coimbra. Al centro del foro, en el tercer término, cubo redondo, almenado con gran puerta y forillo de piedra; escalera de caracol que baja comunicando con los pisos inferiores de la torre. Á los lados del cubo, almenas con grada, á las que se sube por escaleras practicables. Las almenas se prolongan por derecha é izquierda, en círculo ó ángulo y vienen á formar los segundos términos hasta concluir en los primeros en otros dos cubos cuadrados y almenados con rejas bajas, fronteras una á otra, y puertas frente al espectador. Farol dentro del torreon del fondo que ilumina la escalera, y otros dos en cada uno de los torreones de primer término, pero por la parte de afuera, sobre la escena. En quinto término telon de horizonte. En la escena, poyos de piedra con respaldo. Es una hermosa noche de Mayo iluminada por la luna.

ESCENA PRIMERA.

UN CENTINELA, al pié del torreon de la izquierda.

Voz. (Lejana.) ¡Centinela alerta!
Voz. (Más cercana.) ¡Alerta,

centinela!

CENT. ¡Alerta está!

(Momento de silencio.)

¡Y tan alerta! Por Cristo
que no se ha de descuidar.
Pero ántes la plataforma
recorramos...

(Examina con atencion toda la escena.)

Nadie hay!
En ocasiones tan críticas
no hay nada que esté de más.
Prudencia y atrevimiento,
valor y sagacidad.

(Da con el cuento de la lanza en la ventana del torreon de Doña Inés, que es el de la izquierda.)

INES. (Dentro.)
¿Quién llama?

CENT. Yo soy. Abrid,
Doña Inés, nada temais.

(Ábrese la ventana y aparece Doña Inés en la raja.)

ESCENA II.

DOÑA INÉS, en la reja; D DUARTE.

INES. ¿Quién es?

DUARTE. ¿No me conoceis?

INES. ¡Don Duarte! vos?

DUARTE. ¡Callad!

INES. ¿Estais solo?

DUARTE. Sí.

INES. ¿Y qué intento...

DUARTE. Noticias os vengo á dar.
En la torre he penetrado
á favor de este disfraz,
pero si estoy mucho tiempo
tal vez me conocerán.

INES. ¿Y el Infante?

DUARTE. ¡Preso!

INES. ¡Oh, Dios!
¿y mi Alfonso?

DUARTE. En libertad.

INES. ¿Qué ha dispuesto el Rey?
DUARTE. Lo ignoro.
INES. Pero bien, ¿vos qué intentais?
DUARTE. Intento, al llegar la aurora,
veniros á libertar.
INES. ¡Es locura, don Duarte!
DUARTE. Es necesario, y será.
INES. ¡Gracias! Pero referidme...
DUARTE. Rápidamente... Escuchad.
Ignoro quién ha podido
la rebelion instigar,
pero es obra contra vos
y contra el Infante, plan
diabólico, trama horrible,
conjuracion infernal.
INES. Veo la intencion siniestra
de don Alvar.—Continuad.
DUARTE. Á la presencia del Rey
comenzaron á cejar
alguno de ellos por miedo
y por respeto los más.
En apariencia, tranquila
ha quedado la ciudad,
pero sordo descontento
fermenta en el arrabal,
y hay grupos, y se dan voces
junto á la Universidad.
Por su príncipe preguntan,
yo les diré donde está.
Las tres son: cuando le libren
él os vendrá á libertar.
INES. (Con amargura.)
¡Contra el Rey!
DUARTE. ¡Ah! sí, señora;
hay de ello necesidad.
Doña Inés, esto os aviso.
INES. Sois un amigo leal.
¿Y doña Blanca?
DUARTE. Ha resuelto
mañana mismo marchar.
INES. Y...
DUARTE. ¡Silencio! Siento ruido.

Si no os llamo yo, no abrais.
Retiraos.

INES. Don Duarte...

DUARTE. Gente se acerca. Cerrad.
(Doña Inés se retira y cierra.)
¡Centinela, alerta!

VOZ. Alerta,
centinela.

VOZ. (Lejana.) ¡Alerta está!
(D. Duarte se pasea al frente del torreon.)

ESCENA III.

D. DUARTE de centinela, D. ALVAR, PEDRO COELLO y un capitan por el torreon del fondo.

ALVAR. (Al capitan.)
Retirad el centinela,
no hace falta, capitan.
(El capitan manda á D. Duarte con una seña que se retire.)

DUARTE. (Ap.) La fortuna nos auxilia,
corro á la Universidad.
(Vánse por el torreon del fondo.)

ESCENA IV.

D. ALVAR, PEDRO COELLO.

ALVAR. Cumplísteis, Pedro Coello,
como vasallo leal,
tan señalados servicios
su recompensa tendrán.
Terminó el motin, mas juro
que me ha dado en qué pensar,
mucho fué para fingido,
temí que llegase á más.
Mis hombres se retiraron
al hacerles la señal,
mas la plebe es levantisca
y peca de contumaz.

sin la presencia del Rey
no obedecieran quizás;
eso logra quien desata
los vientos de tempestad.
(Momento de silencio.)
¿Qué hareis con la órden del Rey?

COELLO. Cumplirla sin vacilar
es mi deber.

ALVAR. ¡Sí, Coello!
Dadme la llave.

COELLO. (Dándole una llave.) Aquí está.

ALVAR. ¿Cuál es su prision?

COELLO. (Señalando al torreon primer término de la izquierda.)
Aquella.

ALVAR. Á solas quiero quedar.

COELLO. Señor, yo no sé qué advierto
en vos, ¡qué pálido estais!

ALVAR. ¡Estoy pálido! Coello,
salid fuera, y esperad.
(Váse Coello por el torreon del fondo.)

ESCENA V.

D. ALVAR.

¡Estoy pálido! ¡Tal vez!
Á la honda pena que arrostro
¿qué extraño cubra mi rostro
esta horrible palidez?
Es que yo, contrario y juez
fijé su futura suerte:
¿la conciencia qué me advierte?
¿qué me habla el remordimiento?
que helarse mi rostro siento
con el frio de la muerte!
¡El remordimiento! Sí.
Pero si en vano intenté
vencer mi amor; si luché,
y en la lucha sucumbí!
Si en tanto tiempo ¡ay de mí!
no bastaron desengaños
á mis dolores extraños

ni á mis constantes desvelos.
Si arde un infierno de celos
en mi pecho há tantos años!
¡Doña Inés! puesto que ves
que tu menguada fortuna
lanza sin piedad alguna
tu honra y tu vida á mis piés;
no te empeñes, doña Inés,
en luchar contra el más fuerte,
mira que es triste tu suerte;
mira que en esta partida
ya está llamando tu vida
á las puertas de la muerte.
(Dirígese al torreon de la izquierda y abre la puerta.)

ESCENA VI.

D. ALVAR y DOÑA INÉS.

ALVAR. Sal.
INES. (Saliendo.) ¿Qué es esto? ¿Quién me llama?
¡Don Alvar!
ALVAR. ¡Ah! ¿me conoces?
INES. Ántes que tú me advirtieron
tu presencia mis temores,
mi alma con su frio espanto,
mi corazon con sus golpes.
ALVAR. Inútiles son ahora
quejas y reconvenciones,
agradece mi presencia,
doña Inés, que aunque me odies,
la pasion que arde en mi pecho
es amor y es pasion noble.
INES. Maldito quien eso crea
de tus instintos feroces,
será el amor de los tigres,
mas no el amor de los hombres.
ALVAR. No lo sé; sé que en mi pecho,
durísimo como el bronce,
una pasion halló asilo,
brotó un sentimiento indócil,
y no hay poder en el mundo

que los extinga ni borre.

INES. Es esa pasion mundana
que toda virtud corrompe,
es el lascivo deseo
de tu pensamiento torpe.

ALVAR. ¡Doña Inés! sea cual fuere
ella, toda mi alma absorbe,
hoy la guia un noble impulso,
no le tuerzas, no le estorbes;
tú padeces y yo veo
con lágrimas tus dolores;
si lloro, Inés, ¿qué más quieres?
¿puedo hacer más?

INES. Decid.

ALVAR. Oye.
Preso está el Infante; el Rey
irá con un sacerdote
y la Infanta de Navarra
á su prision esta noche.

INES. ¿Qué decis?

ALVAR. ¡Escucha! Ántes
que el sol las montañas dore
será de la Infanta esposo.

INES. No es posible que tal logre.

ALVAR. ¿Por qué? dí.

INES. ¿Y su hijo? ¿y yo?
estos lazos quién los rompe?

ALVAR. Los desató el Santo Padre.

INES. Mas no nuestros corazones.

ALVAR. ¡Ah!

INES. Decid á doña Blanca
que á un gran oprobio se expone.

ALVAR. Nada doña Blanca sabe.

INES. Mejor será que lo ignore.

ALVAR. Si el Rey lo manda...

INES. Á su empeño
la voluntad corresponde.
Dirá que no.

ALVAR. Mas si el Rey
con él la fuerza interpone?

INES. Dirá que no.

ALVAR. Y si al rebelde

que su poder desconoce
le manda, no á doña Blanca,
sino al verdugo á la torre?

INES. Dirá que no.

ALVAR. Doña Inés,
ántes que ciega te arrojes
al precipicio, detente,
detente, que estás al borde.

INES. ¡No!

ALVAR. Por piedad, doña Inés,
mira que pasan veloces
los instantes. Si es preciso
que yo á tus plantas me postre
que dé al olvido mi afrenta,
que te ruegue, que te implore,
(Arrojándose á sus piés.)
mírame á tus pies rendido,
esclavo, sumiso y dócil,
aprovecha estos momentos
que rápidamente corren,
mira que si alzo mi frente
sin una esperanza, entónces...
cede Inés! cede, aún es tiempo!

INES. ¿Qué está diciendo este hombre?
¿Piensas acaso posible
que mi alma al temor se doble?
¿quieres que venda mi honra
para que tú me la compres?

ALVAR. ¿Y si la muerte?...

INES. ¡La muerte!

ALVAR. (Levantando la cabeza.)
La muerte, ó mi amor! escoge!

INES. (Con dignidad.)
¡Basta!

ALVAR. (Ap.) ¡No hay remedio! (Alto.) ¡Basta!
(Dándole la órden del Rey.)
Doña Inés, ved esta órden.

INES. (Despues de haber leido.)
¡Vírgen María!

ALVAR. Coello
tiene ya mis instrucciones.
No intenteis la fuga, ved

que el intento será el golpe
que derribe la cabeza
de don Pedro.

INES. ¡Oh Dios! Responde.

ALVAR. Ni una palabra!

INES. Fué el Rey!

ALVAR. Temblad cuando el alba asome.

INES. ¡El Rey!

ALVAR. Teneis una hora
para vuestras oraciones.

(Al ir á retirarse aparece el Rey por el torreon del fondo. D. Alvar se detiene. Al verle Doña Inés, se arroja á sus piés.)

ESCENA VII.

DOÑA INÉS, el REY, D. ALVAR.

INES. ¡El Rey! Ved á vuestros piés
una mujer afligida,
señor!

REY. (Con severidad.) Alzad, doña Inés,
alzad; piden vuestra vida
de la patria el interés
y mi honor!

INES. ¡Tiemblo de espanto!

REY. Don Pedro se rebeló;
inútil es vuestro llanto!

INES. ¿Y tengo la culpa yo,
la tiene él, de amarnos tanto?
Yo soy débil, vos sois fuerte,
vos sois dueño de mi suerte,
qué honor ¡oh Rey! puede haber
qué noble hazaña es dar muerte
á una mísera mujer?
Sin armas ¿cómo luchar?
yo no puedo combatir,
que Dios no me quiso dar
más que ojos para llorar,
corazon para sentir.
Si del moro á la insolencia
muerte das con fuego y hierro,

deme vida tu clemencia
aunque á mísero destierro
abandones mi existencia.
Ponme de mi amor ausente
y de mi bien apartada
en la region inclemente
de la inculta Libia ardiente
ó la Escitia congelada.
Que su vasta soledad
que del tigre y del leon
la agreste ferocidad
tendrán de mí más piedad
que tu fiero corazon.

REY. ¡Qué escucho! ¿estais decidida?
todo á tal precio se olvida
su falta!

INES. ¿Qué decis?
(Levantándose rápidamente.) ¡Oh!
¡y le he suplicado! ¡ah! no!
jamás! Quitadme la vida.

REY. ¡Doña Inés!

INES. Tiranos jueces!
¿llanto, súplicas y preces
para un perdon afrentoso?
digna seré de mi esposo.
¡Jamás!

REY. ¿Jamás?

INES. ¡No! mil veces!

REY. Ni aun así quereis ceder?
la muerte no os intimida?
desventurada mujer!

INES. (Con sentimiento.)
Vida lejos de él, no es vida,
mejor la quiero perder.
(Con energía.)
Sí, mi suplicio sangriento
y esa bárbara sentencia
son mi gloria y tu tormento,
moriré con mi inocencia,
tú, con tu remordimiento.
Yo á mi virtud siempre fiel
tú sanguinario y cruel:

¿quién vale más de los dos?
¿qué será más grato á Dios,
mi cadalso ó tu dosel?
Rey de la tierra mortal,
levanta tu airado brazo,
la justicia celestial
te espera, sí, yo te emplazo
á su santo tribunal.
Cuando caigas á sus pies
la augusta diadema rota,
deshecho el brillante arnés,
en tí, caerá gota á gota
la sangre de doña Inés.

REY. Sereno y en calma vi
vuestra loca ceguedad.

INES. ¡Señor!

REY. Y si la sufrí,
es porque he venido aquí
solo por vos. Escuchad.
Del sólio el sacro esplendor
dicta sentencias y leyes
con justicia y sin rencor;
el deber está en los reyes
casi al nivel del honor.
¿Cómo vos, frágil mujer,
osasteis á ese poder?
¿qué amor es ese imprudente
que os ha puesto frente á frente
de mi sagrado deber?
Yo que vuestro riesgo ví,
no solo al príncipe, á vos
del peligro os advertí;
¿por qué me culpais á mí
si la culpa es de los dos?
Pues bien, por más que mi pecho
batalle con la clemencia
de la justicia á despecho,
el Rey no tiene derecho
para torcer su sentencia.
Será dura obligacion,
pero nunca tiranía,
penosos deberes son,

mas á esos deberes fia
su ventura la nacion.
Yo tanto en ellos me fijo;
yo que la nacion dirijo,
que si por su bien pidiera
la sangre de mi hijo... diera...
hasta la sangre de mi hijo!
(Momento de silencio. Con ternura.)
¿Quereis ver al vuestro vos?
quereis despediros de él
á solas aquí los dos?

INES. (Rompiendo en llanto.)
¡Qué compasion tan cruel!

REY. Aquí le tendreis. ¡Adios!
(Váse seguido de D. Alvar por el torreon del fondo.)

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS.

Queda un momento en silencio, despues rompe en llanto.

¡Ay sosiego de mi vida!
¡Ay desdichados amores!
cómo te lloro perdida
hermosa quinta escondida
entre ramas y entre flores!
La dicha es gloria liviana
que muere casi en su aurora!
¡Pedro! ¿qué hallarás mañana
de la mujer que te adora!
sólo una ceniza vana!
¡Hijo mio! tú quizás
llorando me llamarás,
y sólo un cadáver frio!...
(Con gran amargura.)
¡La última vez me verás!
¡la última vez!
(Aparece Alfonso por el torreon del fondo, y Doña Inés corre á abrazarle.)
¡Hijo mio!

ESCENA IX.

INÉS, ALFONSO.

ALF. ¡Madre!
INES. Alfonso!
ALF. El Rey...
INES. (Temblando.) El Rey?
ALF. Madre mia, ¿por qué tiemblas?
con el Rey vine, ordenóme
subir y...
INES. (Ap.) Nada sospecha.
ALF. No sé por qué su mirada
era sombría y siniestra!
INES. (Con mucha emocion.)
¿Me amas, Alfonso?
ALF. ¡Si te amo!
¿lo dudas?
INES. No.
ALF. ¿Qué recelas?
INES. Nada, hijo mio.
ALF. ¿Por qué
así en tus brazos me estrechas?
¿por qué lloras?
INES. ¡Por qué lloro!
Deja, Alfonso mio, deja
que aquí en mi seno te oprima,
que bese tu cabellera,
que me mire en esos ojos
de mi amor claras lumbreras;
siento que mi alma se exhala
del dolor á la violencia;
y tu amor, tu amor, Alfonso,
es sólo el bien que me resta.
ALF. ¡Y el de mi padre!
INES. (Con amargura.) ¡Tu padre!
ALF. Sombría cárcel le encierra;
pero al despuntar la aurora
libre será, nada temas.
INES. ¡Á la aurora! ¡libre!...
ALF. Ántes,
madre mia, que amanezca,

por libertar á su príncipe
se alzará Coimbra entera.

INES. Cómo...

ALF. Confia. Esta noche
anda la ciudad revuelta,
que el motin apaciguado
solamente en apariencia,
vuelve en la Universidad
á levantar la cabeza.
Allí se halla don Duarte,
está entre el pueblo, y le arenga,
y ya mil y mil aceros
valerosos centellean.

INES. (Ap.) ¡Dios mio! ¿y no he de alcanzar
la dicha estando tan cerca!...
(Alto.) Pide, Alfonso, que me ampare
la divina Providencia.

ALF. Ella me inspiró el designio
que me trae aquí. ¡Tú presa
y yo libre, y de cien reyes
corre la sangre en mis venas!
no!

INES. ¿Qué estás diciendo?

ALF. No!
Sígueme.

INES. ¿Deliras? sueñas?

ALF. Si mi padre no te libra,
porque hierros le encadenan,
obligacion es del hijo
hacer lo que el padre hiciera.
Valor me sobra; no mires
ni mis años ni mis fuerzas,
mira que el valor de un hijo
por los años no se cuenta.
Sígueme.

INES. ¡Alfonso!

ALF. Mi astucia
burló del Rey la experiencia.

INES. ¿Qué dices?

ALF. Le rogué verte,
mas con tan sagaz cautela
que el Rey accedió, ignorante

de mi proyecto.

INES. ¿Qué intentas?

ALF. Nadie nos ve, tú estás libre,
la plataforma desierta,
un centinela tan sólo
está al pié de la escalera.
Mujer flaca y niño débil,
no despertarán sospechas.
Bajemos al punto.

INES. ¿Y cómo,
si está guardada la puerta?

(Alfonso se desabrocha el traje y saca una ballesta y venablos que lleva ocultos.)

ALF. Para el centinela tiene
un venablo mi ballesta,
quien mata garzas al vuelo,
bien puede á pié centinelas.
Por eso he venido armado.

INES. Tú me salvas la existencia.

ALF. (Ap.) ¡Ah! si sabrá...

INES. Vamos, pues!

ALF. Al punto!

(Al dirigirse al torreon del fondo, Doña Inés se detiene repentinamente.)

INES. No, Alfonso, espera.
(Ap.) Sólo el intento es bastante
á derribar su cabeza;
todo es posible, sí, todo,
del rencor de aquella fiera,
¡y pude olvidarlo! (Alto.) Huir
es dar señal de flaqueza.

ALF. Por Dios, madre.

INES. (Con un grito de dolor.) ¡Ay, hijo mio!
me falta la resistencia.
¡Vete! (Repentinamente.)

ALF. ¿Sin tí?

INES. (Corriendo á él y abrazándole.) No, bien mio,
no te vayas, que me dejas
á solas con mi agonía
y luchando con mi pena.
No te vayas...

ALF. (Con amargura.) Si he venido

para librarte por fuerza.

INES. ¡Ah! no lo ignoras?

ALF. Lo sabes?
el Rey firmó tu sentencia.

INES. (Con un grito desgarrador y abrazándole.)
¡Hijo de mi alma!
(La primer luz del alba colora el horizonte.)

ALF. ¡Madre!

INES. (Con temor.)
¡El alba!

ALF. (Con alegría, subiéndose á las almenas de la derecha.)
¡El alba clarea,
el alba! mi padre es libre!
(Aparecen por el torreon del foro Alvar Gonzalez y Pedro Coello.)

ALVAR. (Á Coello, señalando á Doña Inés.)
¡Coello!

INES. (Vuelve la cabeza, los ve, da un horrible grito y corre á encerrarse en su prision.)
¡Ah!

ALVAR. ¡Adentro y cierra!
(D. Alvar y Pedro Coello corren y llegan á la prision inmediatamente, despues que Doña Inés, éntranse y cierran la puerta.)

ESCENA X.

ALFONSO, despues DOÑA BLANCA, luego JAQUES y DON PEDRO; finalmente D. ALVAR.

ALF. (Bajando precipitadamente de la almena, y lanzándose á la puerta del torreon.)
¡Madre! aquí estoy! ¡Llegué tarde!
(Pugnando por abrir la puerta.)
¡Ah! si mis brazos pudieran!

BLANCA. (Dentro.)
¡Perdon!

ALF. (Al oirla.) ¡Socorro!

BLANCA. (Abriendo la ventana del torreon.)
¡El perdon!
(Aparta la vista horrorizada.)

ALF. (Frenético.)
¡Un venablo! ¡una ballesta!
(Recordando que la lleva.)
¡Ah!
BLANCA. Ved...
ALF. ¡Dejadme!
(Tiende la ballesta, y dispara por la reja.)
¡Coello!
BLANCA. ¡Coello!
ALF. (Con regocijo.) ¡Cayó por tierra!
BLANCA. ¿Herido?
ALF. ¡Ó muerto! no sé.
(Buscando otro venablo.)
¡Otro!
(Vacilando.) Pierdo la cabeza.
¡Madre mia! ¡madre mia!
BLANCA. (Viendo á Jaques, que sale por el fondo.)
¡Jaques!
JAQUES. El motin aumenta.
PEDRO. (Que sale tambien por el fondo.)
¡Inés! ¡Inés!
(Ábrese la puerta y aparece D. Alvar.)
¡Ah, don Alvar!
¿Y doña Inés?
ALVAR. (Con extrema frialdad.) ¡Dentro! ¡vedla!
(Precipítase D. Pedro en la prision de Doña Inés.—Jaques se ha subido al anden de la almena del foro derecha, y mira. Óyense fuera gritos y rumor de combate.)
VOCES. ¡Viva! ¡viva!
ALVAR. ¡Qué rumor!...
JAQUES. ¡Ah! con qué valor pelean.
ALVAR. (Subiéndose á la almena.)
¿Tornó el motin?—Los soldados
vacilan, se desordenan.
JAQUES. ¡Mirad! ¡mirad! un guerrero
se arroja á toda carrera
sobre los rebeldes.
ALVAR. ¡Ah!
JAQUES. Su espada lanza centellas.
ALVAR. ¡El Rey!
JAQUES. ¡El Rey!

ALVAR. (Bajando de la almena.) Á su lado.
JAQUES. (Bajando tambien.)
¡Por Cristo! ¡el Rey cayó en tierra!
ALVAR. ¡El Rey! corramos!
(Lánzase al torreon del fondo y se detiene.)
El pueblo
en tropel por la escalera
sube.
VOCES. (Fuera.) ¡Viva el Rey!
ALVAR. ¡Qué escucho!
VOCES. ¡Muera don Alvar!
ALVAR. ¿Qué intentan?
PUEBLO. ¡Muera don Alvar!
ALVAR. (Desenvainando.) ¡Villanos!
venid, mi acero os espera.
PUEBLO. (Inundando la escena.)
¡Viva don Pedro primero!
PEDRO. (Dentro del torreon.)
¡Inés! ¡Inés mia!
(Ábrese la puerta del torreon y aparece D. Pedro, pálido, convulso, con el cadáver de Doña Inés en brazos.)
¡Muerta!
(Déjala sobre un banco de piedra.—Alfonso, que ha ido volviendo en sí, se arroja llorando á las piés de su madre.)

ESCENA XI.

JAQUES, DOÑA BLANCA, ALFONSO, D. PEDRO, DOÑA INÉS, muerta, D. ALVAR, PUEBLO.

ALF. (Arrojándose á los piés de su madre.)
¡Muerta!
BLANCA. (Sosteniendo por detrás el cadáver de Doña Inés.)
¡Infeliz!
ALF. (Llorando.) ¡Madre mia!
PEDRO. (Tranquilamente, pero con una pena reconcentrada.)
¡En mis brazos espiró!
ALF. ¡Madre!
(La luz del alba, que ha ido graduándose desde la

escena novena, ha tomado mayor incremento, siendo ya completamente de dia.)

PEDRO. Si el sol se apagó,
¿cómo es que amanece el dia?
Cuando duerme su beldad
un mortal sueño profundo,
¿cómo no se envuelve el mundo
en luto y oscuridad?
(Con brío.)
¿Cómo al marchito arrebol
de tu cadáver sangriento,
no baja del firmamento
roto y despeñado el sol!
(Con más vigor.)
¿Y existo? ¿Y puedo vivir
muerto mi bien? ¡Insensato!
(Golpeándose el pecho.)
¡Fiero corazon ingrato!
¿por qué te siento latir?
(Tira de la daga.)
¡Inés! ¡de tí voy en pos!

BLANCA. ¡Don Pedro!

JAQUES. ¡Qué desvarío!

ALF. ¡Padre! padre!

PEDRO. (Cayéndosele la daga, llorando y abrazando á Alfonso.) ¡Ay, hijo mio!
nos ha abandonado Dios!
(Quedan abrazados un momento.)
Pero si tal fuerza alcanza
esta rebelde existencia,
yo prometo á tu inocencia
pronta y terrible venganza!
* De ella quedará señal
* perpétua, como mi llanto
* del mundo ha de ser espanto
* don Pedro de Portugal.

ALVAR. (Á D. Pedro.)
¿Quién osa contra la ley?
¿quién contra el monarca es fuerte?
Á doña Inés se dió muerte
por mandamiento del Rey,
que así al monarca le plugo.

PEDRO. ¿Que el Rey su muerte ordenó?
ALVAR. El Rey!
PEDRO. ¿Y tú fuiste...
ALVAR. ¡Yo!
Su privado!
PEDRO. Su verdugo!
ALVAR. ¡Don Pedro!
PEDRO. ¡Bondad suprema!
(Al pueblo.)
Prendedle!...
ALVAR. Ved...
PEDRO. Al instante.
ALVAR. ¡Yo preso! Yo! Paso, Infante,
que aún no ceñis la diadema.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, D. DUARTE, NOBLES, un PAJE, con la corona real sobre un almohadon de terciopelo carmesí, por el torreon del fondo. Hombres de armas con el estandarte de Portugal.

DUARTE. ¡Señor! Coimbra os pregona
monarca de Portugal,
y la nobleza en señal
os presenta la corona.
ALVAR. ¡Nobleza! Rebelde grey!
leal soy, de tí me aparto.
Mientras viva Alfonso cuarto,
Alfonso cuarto es el Rey.
PUEBLO. ¡Muera don Alvar!
ALVAR. ¡Atrás!
PUEBLO. ¡Muera! muera!
ALVAR. ¡Vil canalla!
DUARTE. El Rey murió en la batalla!
PEDRO. ¡Mi padre!
ALVAR. ¡El Rey!
PEDRO. ¡Esto más!
DUARTE. Alzadle sobre el pavés.
(Cogiendo el estandarte y clavándole en el suelo.)
Yo tremolo el estandarte.
PEDRO. (Llorando.)
¡Don Duarte! ¡Don Duarte!
DUARTE. ¡Señor!

PEDRO. (Señalando al cuerpo de Doña Inés.)
¡Mirad!
DUARTE. ¡Doña Inés!
¿Quién fué?
PEDRO. (Señalando á D. Alvar.)
¡Su venganza!
ALVAR. ¡No!
Mi amor y su altanería.
Juré que no reinaria,
y ya lo veis, no reinó!
PEDRO. (Desvariando.)
¿Que no reina doña Inés?
¡qué esperanza tan incierta!
ALVAR. ¿Qué decis?
PEDRO. Que viva ó muerta,
tu reina, tu reina es!
ALVAR. ¿Cómo?
PEDRO. ¡Mi corona real!
ALVAR. ¡Ah! la razon le abandona!
PEDRO. (Cogiendo violentamente la corona.)
¡Mi corona! ¡mi corona!
(Colócala sobre la frente de Doña Inés. Á nobles y Pueblo.)
¡De rodillas, Portugal!
(Todos se arrodillan.—Doña Blanca cae llorando á los piés de Doña Inés.)
(Á D. Alvar.)
* ¡Siervo! ¿Qué es de tu rencor?
* Mira su triunfo y tu afrenta!
* Sobre su tumba sangrienta
* alza un trono mi dolor.
(Con sentimiento.)
¡Inés! ¡que así llego á verte!
¡Quién á tu esposo diria
que á tu frente ceñiria
la corona de la muerte!
* Este premio á tu amor fiel,
* ¿y soy rey?
* (Con furor.) Desde este instante,
* si fué don Pedro el amante,
* seré don Pedro el Cruel.
Anhelo dejar memoria

como ninguno la alcanza;
deseo que mi venganza
timbre sea de mi historia.
Y no pongo en tí mis manos,
fiel cumplidor de mis leyes,
porque es mancha de los reyes
la sangre de los villanos.

ALVAR. (Levantándose.)
¡Fuí vasallo fiel!
(Todos se levantan ménos Doña Blanca.)

PEDRO. ¿Tu accion
disculpar quieres?
(Á D. Duarre.) Llevadle
fuera de aquí y arrancadle
por la espalda el corazon!

ALVAR. (Con altivez.) ¡La muerte! Pena más dura
esperaba de tu encono;
tú al nivel pusiste el trono
de la fria sepultura.
Y pues el mismo nivel
que Inés, don Alvar alcanza,
cumplida ya mi venganza,
mi tumba será dosel.
(Váse por el torreon del fondo, acompañado de los soldados y de D. Duarte.)

PEDRO. (Bajando al lado de Doña Inés.)
¡Dónde hay dolor más profundo!
¡Inés! ¡ah! ¡yo desvarío!
(Viendo á Alfonso que continua llorando á los piés de Doña Inés.)
¡Hijo mio!

ALF. (Abriendo los brazos, desesperado.)
¡Padre mio!
¡Nada nos queda en el mundo!

PEDRO. (Levantándole y abrazándole.)
¡Hijo! calma tu dolor!
¡Murió! pero en cambio el cielo
nos deja el santo modelo
de su virtud y su amor!
(Caen los dos arrodillados ante Doña Inés.)

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 2 de Setiembre de 1868.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

El Tundidor de Mallorca, d. o. 4 a. v.
El hijo de la tempestad, d. a. 5 a. p. en colaboracion con D. Ventura de la Vega.
El criminal por honor, d. t. 5 a. p. en colaboracion con D. Francisco Zea.
Conde, Ministro y Lacayo, d. a. 4 a. v.
El Génio contra el poder ó El Bachiller de Salamanca, c. a. 4 a. v.
El Rey mártir, d. o. 4 a. v.
Las Colegialas de Saint Cyr, c. t. 5 a. p.
La moza de meson, c. o. 3 a. v. en colaboracion con D. Francisco Zeaa
El Conde de Montecristo, d. 4 a. p. escrito con presencia de la novela de A. Dumas, en colaboracion con D. Victor Balaguer.
Ulises, t. t. 5 a. v.
Los Estudiantes de Madrid, d. a. 5 a. p.
La Abuela, d. a. 4 a. p. en colaboracion con D. Antonio Rotondo.
Don Felipe, c. a. 4 a. p.
El Juez invisible, c. i. 1 a. v.
Justicia y no por mi casa, c. i. 1 a. v.
Los Muebles de D. Tomás, c. a. 1 a. p.
Doble corona, d. o. 3 a. v.
Shéridan, c. i. 3 a. v.
Otelo, el Moro de Venecia, d. 4 a. v. escrito con presencia de la obra de W. Shakspeare.
Doña Inés de Castro, d. 3 a. o. v.

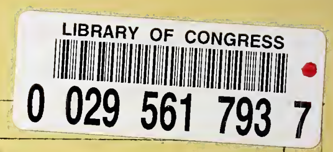
PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compania.
Calatayud	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	F. Vinent.
Málaga.	J. G Taboadela y F de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Ponteredra	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Pradanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.


LIBRARY OF CONGRESS
0 029 561 793 7

